

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 502.

SUMARIO.

S. M. el shah de Persia; grabado. — **Revista española.** — **La paz de Saigón**; grabado. — **M. Pietri**; grabado. — **Madagascar**; grabados. — **Revista de Paris.** — **La posesión de Belle-Ombre cerca de Marsella**; grabado. — **La familia del pescador.** — **Faenas campestres**; grabado. — **El estilo es el hombre.** — **El museo Campana**; grabados. — **Exposición universal de Londres**; grabados. — **España en Londres.** — **Estatua de Camoens en Lisboa**; grabado. — **Problemas de ajedrez**; grabado.

Revista española.

El mes de julio que debiera ser rojo, es pálido en Madrid. — No teniendo nada que contar de la capital, recurro á las provincias. — Un susto de un gobernador. — Un hombre parecido á otro. — Fiestas de Vergara. — Una cuestión trascendental; capítulo de una novela inédita. — Libros nuevos. — Ayes de un padre que ha perdido á su hija. — Una poesía de Florentino Sanz. — Una noticia á los habitantes de la Habana.

Pocas, poquísimas noticias puedo dar hoy á mis lectores. El mes de julio es tan ardiente en la Coronada Villa, que todo el mundo la abandona, y faltándole *todo el mundo*, su color rojo se convierte en color pálido.

Con efecto, Madrid no está en Madrid, se ha desparramado por España y Europa. Las mas encantadoras ninfas del agotado Manzanares se encuentran en las provincias Vascongadas, en los baños termales, sulfurosos, etc., en las orillas del Océano, en Francia, en Inglaterra, por fin en todas partes menos en Madrid.



S. M. el shah de Persia. — Copia de una pintura persa regalada por el shah al sultan,

¿Cómo seguir á todas partes á los primeros personajes de la comedia humana, cuyas escenas se complace en reproducir vuestro humilde cronista?

No teniendo teatros ni salones abiertos, no siendo aficionado á los ejercicios ecuestres, á los *tours de force* gimnásticos, temeroso de ver profanaciones en los circos de caballos, he tenido que reducirme á daros cuenta de algunos de los sucesos que han ocurrido en las provincias, y á buscar en las noticias literarias alguna cosa que pudiera reemplazar á la crónica animada y bulliciosa del bullicioso y animado Madrid de todos los meses, excepto del de julio.

Pero antes que la literatura están las anécdotas, al menos en mi revista.

Empecemos por las anécdotas.

En casa del gobernador civil de Palma de Mallorca ha ocurrido un suceso trágico-cómico.

Uno de sus criados le dió parte de que otro de los sirvientes de la misma autoridad despedido por su amo, le habia rogado con el ofrecimiento de media onza de oro, que echase unos polvos que le entregaria en la leche ó en el té que por las noches acostumbraba á tomar dicho gobernador con su familia; y que como en aquella misma noche le encontrase cuando venia con la leche, le rogó de nuevo le permitiera ponerlos por sí mismo, consintiéndolo el criado para inspirarle confianza.

Efectivamente, echó una parte de ellos, dándole los restantes para que los mezclase con el té.

Esta relacion llegando á oídos del señor gobernador inmediatamente despues de ocurridos los hechos, le alarmó como era natural; creyó que se trataba de un envenenamiento. Como en aquella ocasion se encontrase en la propia casa del señor gobernador el alcalde de la capital, reunió desde luego varios de sus dependientes y del ramo de vigilancia, y merced á su reconocida actividad y celo, consiguió á

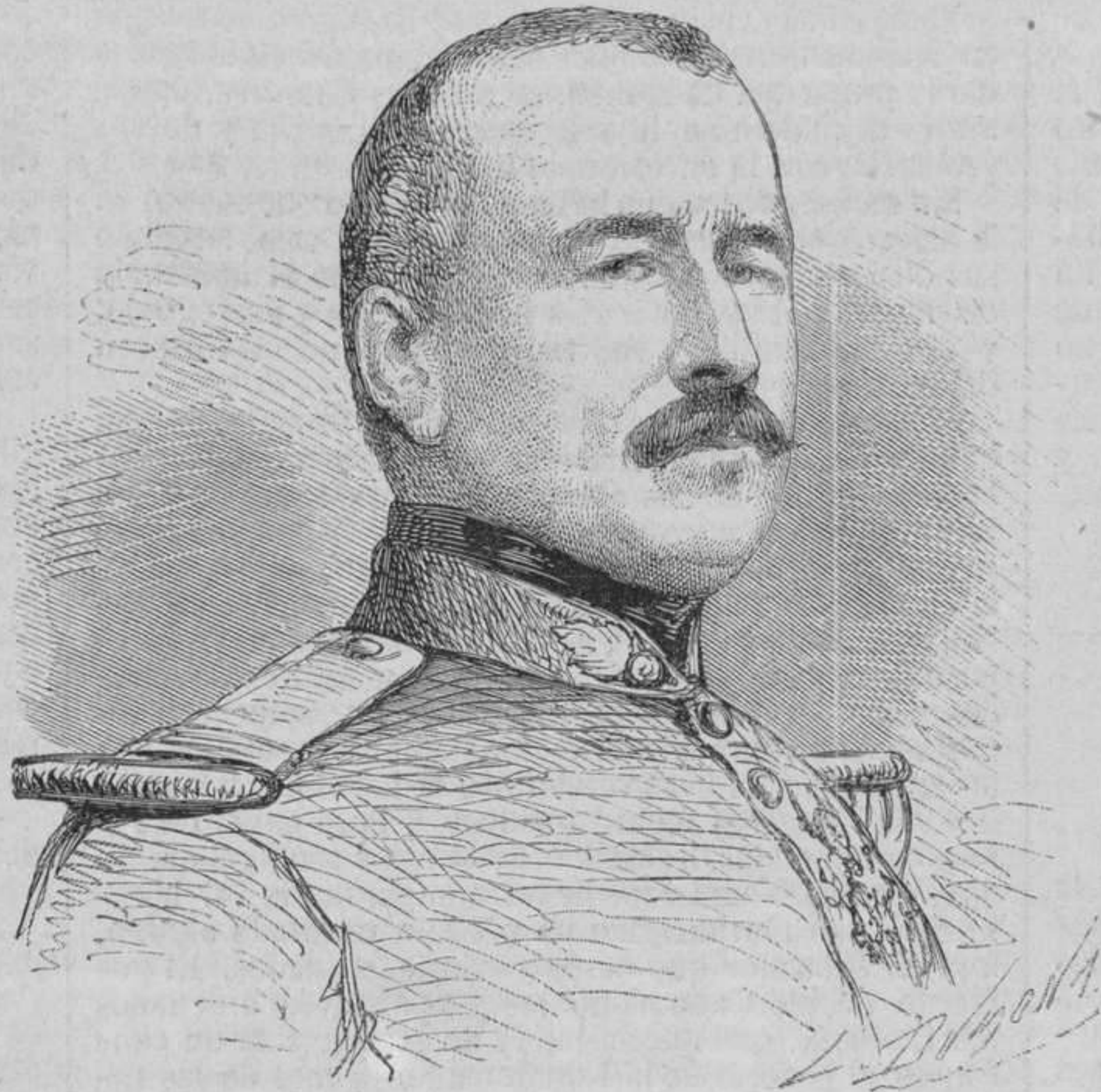
camente adornada, que tenia por detrás dos apéndices parecidos á las aspas de un pequeño molino de viento. Calzaban zapatos chinos.

La escolta se componia de soldados de la guarnicion del rey vestidos de una túnica de tela tosca que bajaba hasta por cima de la rodilla, cuyo fondo era encarnado, las mangas verdes y la franja bordada de azul. En el lado izquierdo del pecho llevaban una pieza amarilla, un pantalon de color pardo salia como unos 20 centímetros por bajo de la túnica: envolvía su cabeza un pañuelo á manera de turbante, y un sombrero puntiagudo coronaba aquel tocado. El lienzo y el calzado son desconocidos en el ejército anamita. Esos militares llevaban diferentes objetos que representaban las insignias del mando. Cada embajador aparecia en medio de dos quitasoles que tenian criados de su servidumbre: este es uno de los principales signos de la dignidad.

Detrás de SS. EE. venia un personaje que forma parte de la casa del rey, y que tiene por mision vigilar todo lo que pasa y dar cuenta de ello á su soberano. Este alto funcionario viaja con frecuencia de incógnito: fiscaliza los actos de los mandarines y hasta de los ministros, y solo depende del rey. Un soldado llevaba su sable delante de él.

Luego seguian secretarios, letrados, intérpretes.

La embajada se dirigió á pié al pabellon central. El almirante y el coronel español salieron



M. Pietri, comandante del cuerpo de turcos en Cochinchina.

á recibirla y la condujeron á una mesa, sobre la que estaba colocado el tratado de paz, redactado en francés, en español y en anamita.

Luego que se firmó el tratado y se pusieron en él los sellos, la artillería disparó una salva de 21 cañonazos: los buques que había en la rada hicieron simultaneamente el mismo saludo.

El jefe de servicio y los oficiales militares y civiles, igualmente que los funcionarios anamitas, fueron á inclinarse profundamente ante los embajadores. Luego desfilaron las tropas por delante del pabellon de la Paz á los gritos de ¡viva el emperador! ¡viva la reina de España!

Dos cuerpos, que su formacion reciente coloca á la izquierda del ejército, recordaban la conquista de las dos colonias francesas mas importantes. La Argelia estaba representada por el batallon de cazadores argelinos, que desfilaron con aquel aire marcial que tomaron en los campos de batalla de Crimea y de Italia. Dieron con entusiasmo un viva al emperador.

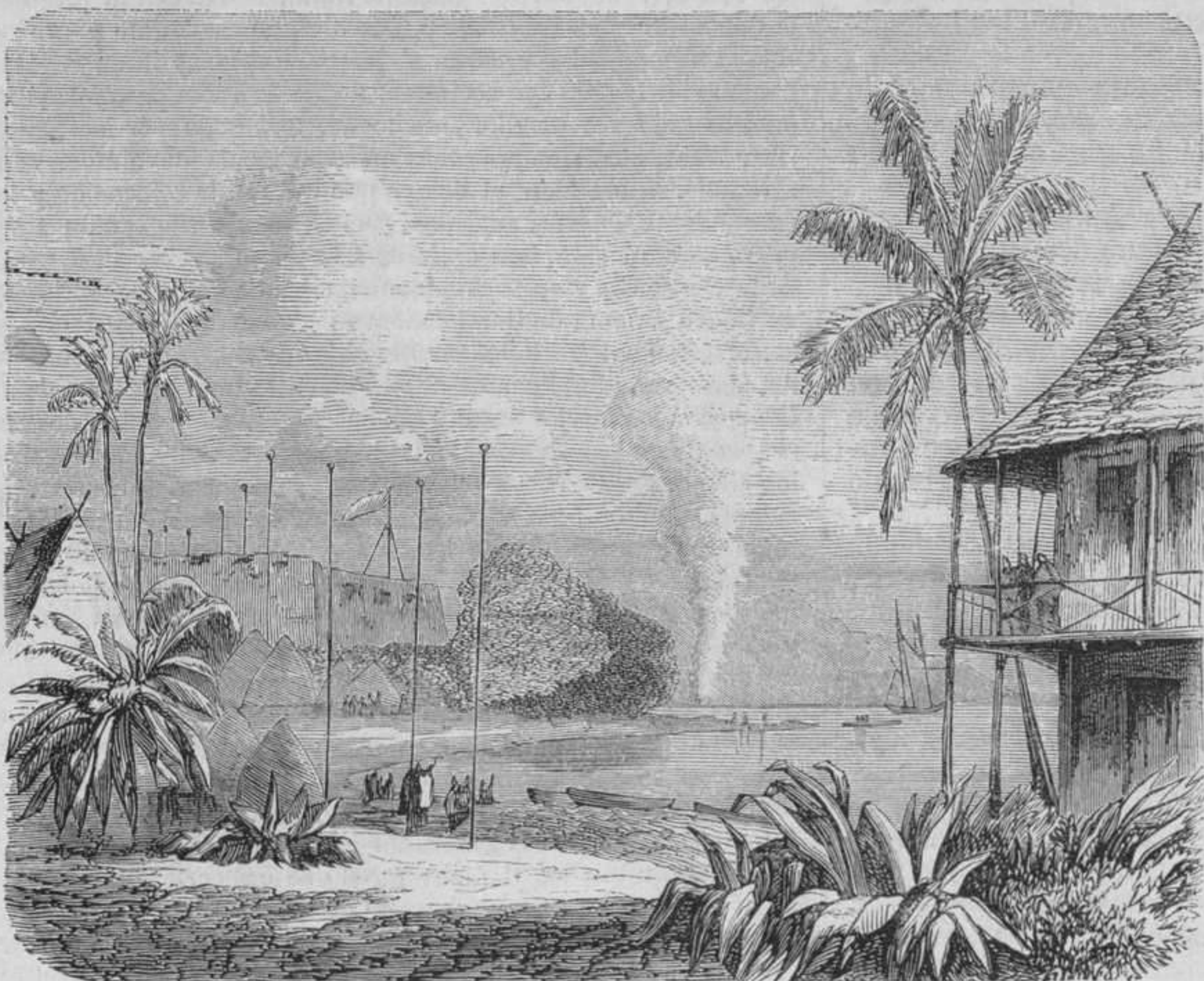
Detrás de ellos venia el batallon anamita, sorprendido todavia de seguir la bandera que lleva la civilizacion á aquellas comarcas semi-barbaras.

Después del desfile, el comandante Bonard, el coronel Palanca y los embajadores fueron despedidos con el mismo ceremonial que á su llegada.

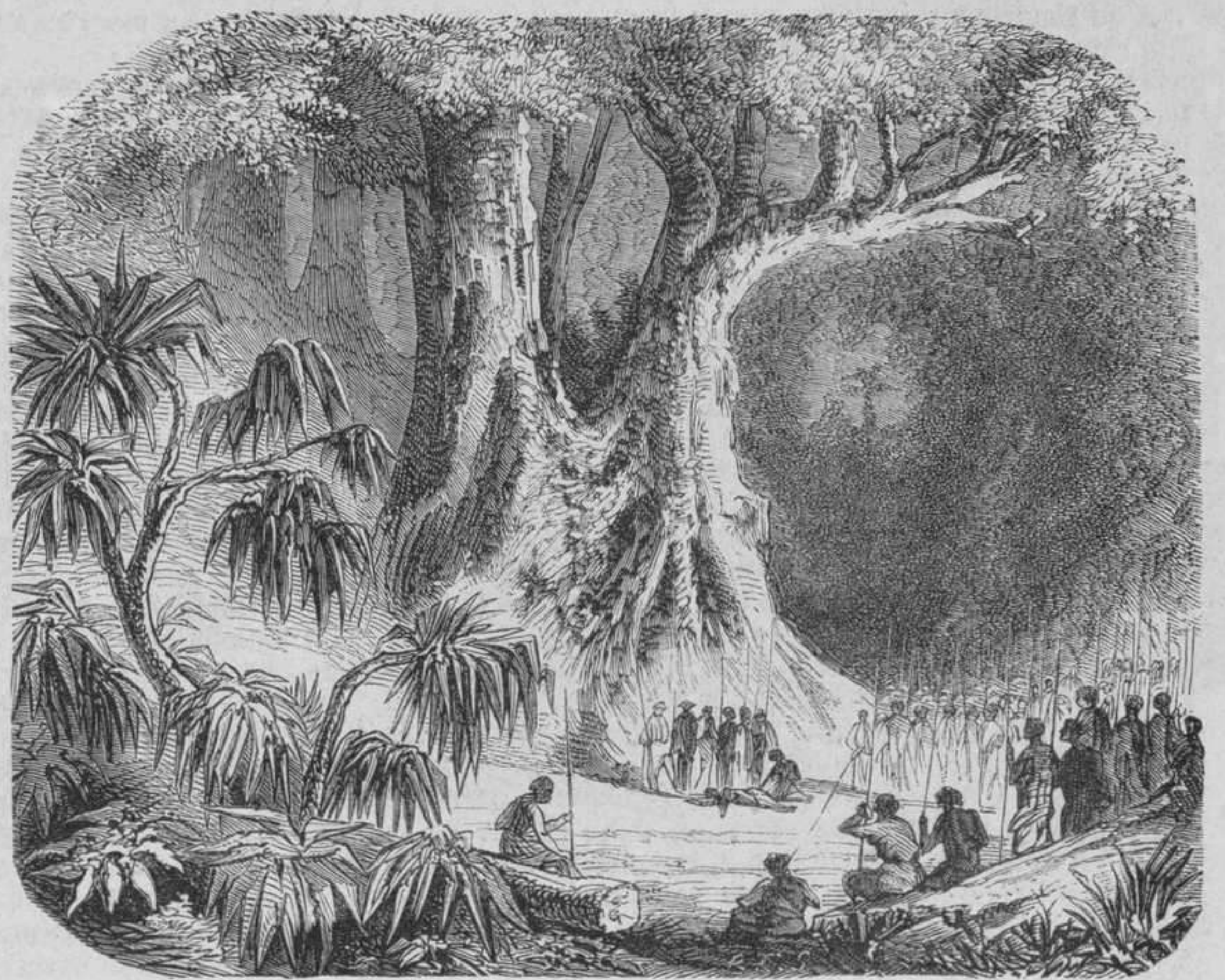
El 7 de junio por la tarde, el *Forbin* y la corbeta anamita que conducian los embajado-



Cacería de bueyes cerriles en Madagascar.



Vista de Tamatave (Madagascar).



La prueba del tanguin.

res salian de Shaigon para dirigirse á la capital de Hué.»

Hemos resumido los últimos sucesos ocurridos en la Cochinchina en una sola lamina, y damos tambien un retrato del comandante Pietri que tan valerosamente llevó a la pelea a su batallon de turcos en la toma de los fuertes de Vinh-long. Este oficial fué uno de los primeros que se arrojó sobre un atajo que atraviesa un brazo del Cambodge, y que tendra unos 200 metros de anchura, bajo los fuegos de un primer fuerte que no escascaba por cierto su metralla. Dicese que a su empuje y firmeza se debe en parte el triunfo de aquella jornada, una de las mas brillantes de la campaña, y cuyo resultado ha sido el tratado concluido con el emperador Tu Due. X.

Madagascar.

(Véase el número 494).

El decantado poderío de los ovas es una ilusion; la autoridad que ejercen no es mas que aparente, menos en derredor de algunos puestos establecidos entre los sakalaves sobre las costas Este, Norte y Sur, y en el centro de la isla. Por todas partes son tratados como enemigos. Los ministros protestantes, con sus esfuerzos para captarse la benevolencia de los ovas y con la direccion que daban a la instruccion de sus hijos, consolidaban mas y mas la obra de la Inglaterra y trataban de dar una forma regular al gobierno de los ovas. Pintaban en el exterior como un prodigio de civilizacion, y á su jefe Radama como otro Napoleon I. Poca verdad habia en cuadro tan lisonjero. Sin embargo, Radama no quiso dejarse absorber para no tener que servir de barrendero en las calles de Lóndres, segun él decia. Los ingleses lo habian hecho todo para darle preponderancia, ó mas bien se podia decir que les era deudor de su existencia política. Los buques ingleses llevaban municiones y hombres para secundar sus expediciones, a cuya cabeza marchaban Hastie, Brady y otros varios soldados ingleses, con quienes guardaba no obstante cierta independencia; pero de todos modos, es muy probable que la Inglaterra habria alcanzado sus fines con el tiempo.

La divina Providencia no quiso que triunfara la iniquidad. Hastie murió, y poco despues la embriaguez y los desórdenes pusieron fin igualmente a la inquieta y despótica existencia de Radama. Nacido en 1791, sucedió a su padre en 1810, y murió de una úlcera el 24 de julio de 1828.

Radama no tenia mas talento que otros jefes malgachos de su misma época. Su gloria consiste en haber sido el servidor de los ingleses, cuyo gobierno le procuró medios para que hiciese el papel de conquistador. Cuando promulgó los uniformes del ejército en medio de una gran asamblea, pronunció estas palabras: « Por mi alianza con una de las naciones mas ilustradas, me hallo en estado de tener uniformes, pólvora, armas y oficiales para disciplinarnos; con estos recursos ya no habra mas obstaculos que vencer. » Tal es el lenguaje que le presta su historiador Elie. Le llaman sin razon el legislador de los malgachos. Los ovas no tienen mas que costumbres y no leyes, y los usos europeos introducidos por Radama fueron abandonados a su muerte. Todo esto era obra de los ingleses. Cuando Radama desapareció se quedaron de nuevo expuestos a la supersticion y a la ingratitude de sus protegidos. Habian hecho mucho por los ovas que les debian su poderío, pero que sabian tambien que no eran desinteresados los sacrificios de los ingleses. La Inglaterra habia patrocinado a los ovas únicamente en interés británico, y a fin de alejar de la isla la bandera francesa; y Radama recibia sus presentes y sus socorros, pero no queria ser dominado.

A su muerte los ingleses creyeron su causa ganada. Andrianmiasa, educado en su escuela, se declaró por Ranavaló a fin de gobernar en su nombre. Todas las medidas se tomaron cuidadosamente; la muerte del jefe ova se mantuvo secreta para todos aquellos que no estaban en sus intereses. Ranavaló, una de las once mujeres de Radama, y que no era su favorita, supo hacer, gracias á las intrigas de su amante Andrianmiasa y de sus patronos y maestros los ministros protestantes, que un crecido número de jefes la dieran el poder, y sucedió a Radama en perjuicio del hijo de su hermana primogénita. Este jefe habia dado su hermana a su amigo íntimo Ratel, que tuvo de ella un hijo, a quien Radama queria entrañablemente.

La madre de Radama y las personas mas influyentes querian que este hijo fuese elegido jefe de los ovas; pero Ranavaló le hizo dar muerte poco despues, y llamó a su padre Ratel a Tanarivo, en cuyo camino le cogieron unos soldados que le llevaron a una selva de los betanimenes y le cortaron la cabeza. La mujer fué encerrada en Vubazu, donde la dejaron morir de hambre. Ranavaló mandó asesinar igualmente a la madre de Radama, a los miembros de su familia, y a sus amigos y servidores mas adictos.

Únicamente quedó un sobrino del jefe que á fuerza de astucia y de protestas de adhesion pudo conservar la vida. Le enviaron al fuerte Delfin, cuyo comandante murió despedazado a manos de los sakalaves de Ranavaló. La menor empresa contra el poder ó la autoridad de la reina se castigó con pena de muerte, y mientras ella vivió, todos los jefes y los hombres importantes se vieron amenazados por aquella espada de Damocles.

Ramanataka, primo de Radama, se fugó y se refugió en Anjuan esperando dias mas prósperos. El sultan le dió la propiedad de Moheli, una de las Comores, donde murió dejando a su hija heredera de esa isla y de sus pretensiones a la sucesion de Radama.

Sin embargo, los que habian manchado sus manos en la sangre para asegurar el poder de Ranavaló, tomaban sus disposiciones para sacudir el yugo de la influencia extranjera; el agente inglés fué ultrajado y perseguido, y el susto que llevó fué tan grande, que murió poco tiempo despues.

Se rompieron los tratados con la Gran Bretaña, porque habian hechizado á Radama para hacerle abandonar las costumbres de sus antepasados, lo que segun decia Ranavaló habia apresurado su muerte. Con este motivo se proscribió todo cuanto habia sido hecho en favor de la civilizacion; mataron a los animales domésticos, caballos, gatos y puercos; se prohibió la vacuna, y se impuso pena de la vida á los que leyeran los libros sagrados y observasen las fiestas. En suma, sofocaron los gérmenes de la civilizacion que habian introducido allí los europeos; los ovas volvieron a la barbarie, y los traficantes franceses fueron insultados. Para poner un término a los malos tratamientos que les prodigaban, se envió en 1829 una expedicion compuesta de 437 hombres, y que mal dirigida no produjo resultado alguno, a pesar del valor que desplegaron los soldados. El gobierno de 1830 abandonó los preparativos ordenados por Carlos X. que queria hacer de Madagascar un contrapeso al poderío de la Inglaterra en el mar de las Indias. Al punto que Luis Felipe subió al trono, mandó dispersar los buques, evacuar los puestos que ocupaban los franceses en la grande tierra malgacha, y por poco les hizo dejar Santa Maria. Antes de partir destruyeron Tinlingue por el fuego, y abandonaron a sus fieles aliados los betanimenes a la venganza de los ovas, que los diezmaron é hicieron entre ellos un crecido número de esclavos. Tal fué la recompensa de su adhesion a la bandera francesa.

Ranavaló se hallaba en Tananarive presa de una inquietud mortal. Ramanataka hacia tentativas contra ella en el Oeste, y luego los ovas del interior se hallaban cansados de aquel gobierno de sangre. Con un poco de persistencia, la expedicion hubiese puesto un término á su despotismo; todas las tribus se levantaron a la vez en toda la isla, pero la salida de las tropas las dejó sin protectores. Unas abandonaron sus empresas, y otras, las de la costa Este, amigas de los franceses, fueron implacablemente diezmadas. Las atrocidades que se cometieron con aquellos desgraciados son indecibles. Sin embargo, desde aquel tiempo comenzó a declinar el poderío de los ovas, que no pudieron continuar la obra de Radama. Estando cercado y exhausto de recursos el ejército del fuerte Delfin, los sakalaves del Oeste rechazaban a los ovas hasta los últimos limites de sus fronteras. Dejaré a Coroler, gran juez de Tamatave, el cuidado de dar á conocer el estado de su gobierno, copiando para ello una carta escrita á un amigo íntimo en 1829:

« No tenemos, dice esa carta, mas que el esqueleto de un gobierno presuntuoso que nunca podria llegar a ser el tronco del que necesitan los malgachos; sin poseer ninguna renta segura, ostenta lujo y boato; su política vacilante é insidiosa deja traslucir su flaqueza y descubre a los ojos de los pueblos de las costas sus vicios y todas sus acciones, de modo que esos pueblos no desperdiciaran la ocasion de minar sus cimientos, de castigarle por sus atrocidades, y de libertarse del tiránico yugo que les oprime.

« Los gobernantes no tienen otra regla que su interés, y no ofrecen ninguna garantia a la seguridad pública. Molestan y maltratan a todo el mundo, y ni siquiera pagan las deudas del difunto Radama, cuya familia ha sido exterminada, asi como muchos de sus fieles servidores, victimas de su celo y adhesion. Nuestro ejército esta destinado a perecer en el pais de Embugu, ya por las calenturas, ya principalmente por la mano de los indómitos sakalaves. »

Este fragmento de carta no necesita comentarios; lo único que diremos es que despues ese gobierno, si puede darsele tal nombre, no ha hecho mas que empeorar bajo todos conceptos.

El padre verdadero de Rakut era Andrianmiasa, ministro y favorito de Ranavaló, y que gobernaba con su nombre. Su despotismo descontentó hasta lo sumo á ciertos jefes ovas, y esto ocasionó un motin en el cual le hicieron asesinar Rahini-Marú, Ratsinanits y otros que envidiaban su poder. El fué quien de acuerdo con los ministros protestantes hizo fracasar las tentativas de paz debidas al comandante Gourbeyre, y quien se opuso a la entrada en Emirna del agente francés enviado cerca de Ranavaló en 1830.

Despues de su muerte hallaron entre sus papeles la correspondencia del agente francés dirigida a Ranavaló, correspondencia que él seguia y firmaba con el nombre de aquella mujer-jefe; este hecho demuestra la confianza que se debe acordar a semejante gobierno, y solo él bastaria para confirmar nuestra opinion acerca del estado político de los ovas. De 1829 a 1831, esas tribus hicieron muchas expediciones contra los sakalaves; la primera no produjo ningun resultado, pero la segunda fué fatal para los sakalaves del Oeste, cuyos principales jefes perecieron.

Los ovas aprovechándose de sus disensiones entraron en el Embugu (pais de las montañas) y le destrozaron. En una aldea de bastante importancia se apoderaron de los habitantes, bajo pretexto de que habian ocultado armas: los hombres fueron atados y arrojados a un hon-

do barranco, donde les tuvieron dos dias sin darles de comer, y luego los crucificaron a corta distancia los unos de los otros y en derredor de su aldea. Las mujeres de estos infelices exasperadas con semejante espectáculo, dijeron a los ovas: « Moriremos en esta tierra que es la de nuestros padres, esposos y hermanos que habeis asesinado tan cobardemente, y no iremos a Tananarive á vivir en el dolor y la esclavitud; antes la muerte. » Esta crueldad dice mas que largos discursos sobre la civilizacion de los ovas. Los vencedores volvieron á Emirna con muchos miles de prisioneros.

Durante la expedicion francesa de 1829 y la que fué dirigida contra el alzamiento de las tribus malgachas, los misioneros protestantes fueron tolerados, y aprovecharon este tiempo para extender su influencia y acrecentar la propaganda; pero en cuanto pasó el mayor peligro, los jefes ovas temerosos por su influjo, hicieron cesar la tolerancia que Ranavaló habia tenido con ellos, á pesar de que los detestaba. Hé aqui cómo dió a conocer sus intenciones en 1835. Un domingo al pasar delante de una choza que servia de templo, oyendo el canto sagrado, exclamó con rabia:

— No callaran sino cuando hayan visto caer la cabeza de uno de ellos. M. B. DE P.

(Se concluirá.)

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

La caza de bueyes cerriles es una ceremonia oficial: el soberano de Madagascar y los favoritos á quienes entrega el *boton*, esto es, á quienes se digna elegir, son los únicos que toman parte en estas grandes carcerias.

— La vista de Tamatave está tomada del sitio donde se elevaban hace poco tiempo aun altos mastiles coronados con cabezas de marineros franceses de la escuadra del almirante Romain-Desfossés, que cayeron á los golpes de los malgachos, por orden de la reina Ranavaló. Aquellas blancas calaveras se destacaban como otros tantos puntos luminosos sobre el fondo verde de los árboles. ¡Faros singulares, colocados allí para entristecer el alma del viajero y recordarle un horrible crimen!

— La prueba del tanguin es una especie de juicio de Dios que se practica en Madagascar. El individuo acusado de crimen es sometido a esta prueba, que consiste en hacerle tragar delante de un consejo reunido en una parte fragosa del bosque, una especie de nuez que es un veneno de los mas activos. Si el acusado absorbe el veneno sin padecimiento alguno, se proclama su inocencia; y por el contrario, le dan muerte a los primeros síntomas de envenenamiento. Debemos decir que la primera hipótesis no se presenta casi nunca, pues el veneno empleado no perdona, y así es que generalmente son sometidos á esta prueba cruel aquellos infelices á quienes desea despachar de este modo el soberano.

Revista de Paris.

Tenemos á la vista el programa de la fiesta nacional del 15 de agosto que consta de los capítulos de costumbre; salvas por la mañana y por la tarde, socorros á los indigentes distribuidos en las alcaldías de los veinte distritos de Paris; *Te Deum* en todas las iglesias despues de la misa mayor; pantomimas militares y cucañas en la esplanada de los Inválidos y en la barrera del Trono; regatas en el Sena; un gran concierto en el palacio de la Industria, ejecutado por las bandas de música de los guías, de la guardia de Paris, de la gendarmería y del primer regimiento de la guardia imperial; funciones gratuitas en todos los teatros; fuegos artificiales en el muelle de Orsay y en la barrera del Trono, y finalmente, grandes iluminaciones en la plaza de la Concordia y en los Campos Elíseos. En este último punto reside la novedad del programa. Hasta ahora las iluminaciones habian sido hechas con aceite por medio de vasos de colores dispuestos cada vez de diferente modo, formando pórticos, galerías, arcos, etc., siempre sobre un armazon de un volumen considerable. Ahora bien, el tiempo que exigian la colocacion y levantamiento de estos aparatos, y el obstáculo que venian á ser para la circulacion, han decidido á la villa á probar en la plaza de la Concordia y en la avenida principal de los Campos Elíseos, un nuevo sistema de iluminaciones por medio del gas, que se instalarán fácil y cómodamente sobre los aparatos ordinarios del alumbrado público. En el punto céntrico de la plaza de la Concordia los faroles de los candelabros serán reemplazados por grupos de globos de cristal cuajado, en tanto que se marcarán los pilones de las fuentes con círculos luminosos. En suma, se calcula que habrá en la plaza unos 2,000 globos de fuego.

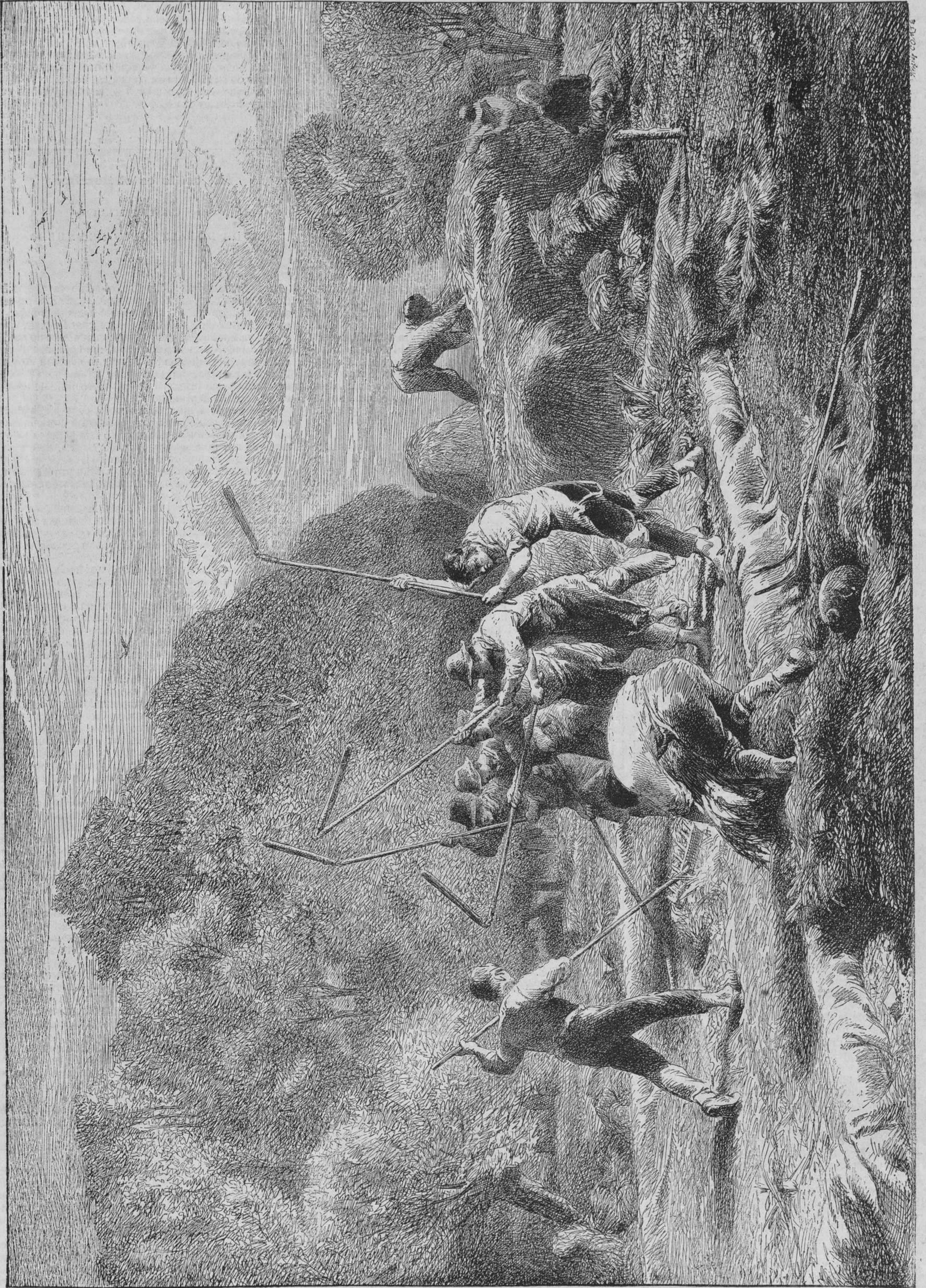
De una punta á otra de los Campos Elíseos, cada candelabro tendrá como en la plaza, en vez del farol, un grupo de globos luminosos. Entre cada dos candelabros habrá un poste adornado y coronado con una estrella de gas y una oriflama con los colores nacionales igualmente de gas; y por último, de distancia en distancia se alzarán los asuntos principales de la iluminacion, que tendrán siete metros y medio de altura. Estos asuntos estarán formados con bastidores de decoracion sosteniendo un trofeo con la cifra imperial en el centro, y la iluminacion será el águila imperial con las alas desplegadas.

En la mitad de los Campos Elíseos se ofrecerá á las miradas de la muchedumbre una fuente de ocho metros de altura, coronada con un sol de gas. En su contorno habrá ocho grandes arcos reunidos entre sí con guirnalda de gas, globos, estrellas, arañas, etc. El número total de luces de gas en la plaza de la Concordia, en la avenida de los Campos Elíseos y en la fuente,



La posesion de Belle-Ombre cerca de Marsella, antigua habitacion de madama de Sevigné.

ABC ANA LIA



Faenas campesinas. — Vareo del colza.

W. G. & C. 1874

— Mire Vd. que me interesa muchísimo continuar sin detención alguna mi camino.
 — Lo siento; pero también a mí me interesa cumplir con mi deber. ¿Tiene Vd. aquí alguna persona que le conozca?
 — No, señor; pero soy hombre bastante conocido, y tal vez Vd. mismo conozca mi nombre.
 — ¿Cómo es su gracia de Vd.?
 — Antonio de Trueba.
 — ¿El escritor?
 — Sí, señor.
 — Conozco los escritos de ese señor y me gustan mucho.
 — No será por su mérito literario, porque maldito el que tienen.
 — Pues a mí me gustan, porque en ellos se llama al pan pan y al vino vino, y porque son muy morales, lo cual no es ningún grano de anís para ningún individuo de la guardia civil encargada de velar por la moral pública; pero dejémonos de conversaciones, y entre Vd. en el cuartel para que vuelva a Madrid con una pareja de guardias.
 Mi terror subió de punto al oír esto.
 — ¿Pero Vd. duda que yo sea Antonio de Trueba?
 — No dudo; estoy seguro de que Vd. no lo es, de que usted usurpa su nombre.
 — ¿Y en qué se funda Vd.?
 — En que apenas hay escritor que no alabe sus propias obras, y Vd. no solo no alaba las que supone ser suyas, sino que habla mal de ellas.
 — Pero, hombre, por María Santísima, la modestia...
 — ¡Qué modestia, ni qué calabazas! ya no se usa la modestia.
 Consideré que meterme en discusiones sobre la modestia literaria con el guardia civil, era perder tiempo, y traté de salir del atolladero por otro camino.
 — Pero vamos, ¿qué es lo que necesito hacer para que Vd. me deje continuar mi viaje?
 — Identificar su persona.
 — Es decir, que si pruebo que soy el escritor cuyas obras conoce Vd., ¿se dará por satisfecho?
 — Tanto que tendré a mucha honra el que me permita Vd. estrecharle la mano.
 — ¿Y por qué?
 — Porque ese escritor es hombre de bien.
 — ¿Y quién se lo ha dicho a Vd.?
 — Su estilo. El estilo es el hombre.
 Esta contestación me hizo desistir de mi propósito de rehuir toda cuestión literaria con el guardia.
 El guardia sacó del bolsillo los *Cuentos campesinos*, de que soy humilde autor, y añadió:
 — El estilo de este libro no puede engañarme.
 — Pero también es fuerte cosa que ese libro esté escrito por mí y haya de dudar...
 — Si el libro estuviera escrito de puño y letra del autor, probaría Vd. la identidad de la persona con escribir una sola palabra; pero como esta en letra de molde, no hay que pensar en tal prueba.
 — Pues oiga Vd.: me ocurre una cosa.
 — ¿Cuál?
 — Si no puede Vd. comparar mi letra, quizá pueda comparar mi estilo.
 — Tiene Vd. mil razones. Entre Vd. en esa piececita, y escriba un cuentecillo.
 — Sí, para cuentos estoy yo ahora...
 — Pues si no, replicó el guardia volviendo a su desconfianza al ver esta resistencia mía, vuelve Vd. a Madrid escoltado por una de las parejas que han salido a hacer el servicio, y estoy esperando de un momento a otro.
 Esta amenaza volvió a estremecerme. Pensé que muchas veces he escrito cuentos con el alma quizá más angustiada é inquieta que entonces la tenía, y me decidí a probar quién era el hombre; pero en aquel instante se me ocurrió una idea, que no sé por qué no me había ocurrido antes, y quise ver si con ella salía del paso.
 — ¿Dice Vd. que el estilo es el hombre? pregunté al guardia.
 — Sí, que lo digo y lo sostengo.
 — Pues entonces vea Vd. si el hombre que tiene delante y el estilo del libro que tiene en la mano son una misma cosa.
 El guardia reflexionó un momento como aquel que mentalmente ve algo, pero lo ve turbio, y me contestó:
 — Esa es una callejuela por donde se quiere Vd. escapar; pero a mí no me venga Vd. con lilalilas. El estilo es el hombre, pero no el hombre físico: el estilo es el hombre moral...
 — Bah, bah, déjese Vd. de metafísicas, le repliqué, que yo soy poco aficionado a ellas.
 Y metiéndome en el cuartelillo, escribí el cuento siguiente, que media hora después leía el guardia.

II.

«Navalcarnero es una de las poblaciones de la provincia de Madrid que mas me agradan por su situación, por su policía, por sus buenos edificios y por su vecindario. Situada en una altura que domina casi toda la provincia, puede calcularse el espectáculo que se ofrecerá a los ojos del que sube a la altísima torre de la hermosa iglesia parroquial de la villa, y mas si se añade que desde allí, si no estoy equivocado, se descubren cinco provincias, que son la de Madrid, la de Segovia, la de Guadalajara, la de Toledo y la de Cuenca.»

Prisionero en Madrid casi toda mi vida, es para mí felicidad muy grande la de poder abandonar por algunos días la prisión donde tantas esperanzas han nacido y han muerto en mi corazón.
 Una vez conseguí quebrantar esta prisión, y vagando por las lomas que limitan el horizonte por el poniente de Madrid, ví allá a lo lejos, hacia donde el sol iba declinando, una colina coronada por una población, en la que se alzaba un altísimo campanario.
 — ¿Qué pueblo es aquel que domina toda la inmensa llanura en que Madrid tiene su asiento? pregunté.
 — Navalcarnero, me contestaron.
 Este prosaico nombre me disgustó, pero la poesía de aquella hermosa torre, que iluminada por los últimos rayos del sol y realzada por el misterio de todo lo lejano, parecía la de una gran basilica, pudo mas que la vulgaridad del nombre que acababa de resonar a mi oído, y caminando, caminando, primero a la luz del crepúsculo y luego a la luz de la luna, llegué a Navalcarnero.
 Al entrar en la villa, recordé que en ella habitaba una familia a quien yo había prestado un servicio poco costoso para mí, pero muy importante para ella.
 A la puerta del Consejo provincial vi un día a una pobre lugareña llorando desconsolada, y como le preguntase la causa de su llanto, me dijo que su único hijo había sido declarado soldado a pesar de que la ley le eximía en el concepto de hijo de viuda pobre que mantenía a su madre con el producto de su trabajo.
 — Tranquílcese Vd., la dije, que si en el pueblo han cometido con su hijo de Vd. una injusticia, el Consejo provincial lo reparará.
 — ¡Ay, señor! eso sería si hubiese quien supiese explicar al Consejo la razón que nos asiste.
 — Usted misma ó su hijo pueden explicárselo.
 — Qué hemos de explicar, señor, si el chico y yo nos quedaremos cortados delante de los señores, y a quien daran la razón será a un abogado que viene con el mozo que se libra yendo soldado mi hijo. ¡Ay, señor, teniendo dos hijos, me quedaré sin ninguno, porque el uno se me marchó y el otro me le llevan!
 La aflicción de aquella pobre mujer me conmovió, y a pesar de mi falta de serenidad y elocuencia para hablar ante ningún tribunal, me ofrecí a defender a su hijo ante el Consejo.
 La anciana aceptó mi ofrecimiento llorando de consuelo y gratitud. La razón que asistía a su hijo era tal, que a pesar de sustentarla yo y de combatirla un abogado capaz de probar que dos y dos son cinco, el Consejo la reconoció y declaró libre al hijo de la viuda.
 Ni aun tuve el sentimiento de ver llorar a la madre del mozo que debía sustituirle; porque aquel mozo, que se llamaba Angel, y que me pareció un excelente muchacho, puso un sustituto y volvió al pueblo con mi defendido.
 Al llegar pues a Navalcarnero, pregunté por la señora Claudia, que así se llamaba la mujer que vi llorar a la puerta del Consejo provincial, y fui a verla, no para pedirle hospitalidad, sino para que me indicase alguna casa donde pudiera hospedarme.
 Claudia y Juan, su hijo, se llenaron de alegría al verme, y no consintieron que me fuese de su casa.
 — ¡Pues no faltaba mas! dijo la señora Claudia. Lo que yo siento es no tener el palacio de Isabel II para recibirle a Vd.; pero si la casa es pobre, la voluntad es rica, y ya buscaremos medios de que Vd. esté contento. Ustedes los de Madrid tienen muchas cosas buenas, pero no una que yo tengo y le gustara a Vd. mucho, que es un huerto lleno de flores y arboles cargados de fruta.
 — El palacio de Isabel II, contesté, no me complacería tanto como un huerto así. Uno de los sueños dorados de casi toda mi vida es tener una casita y detras de ella un huertecito lleno de flores y frutales.
 — Pues para tener eso no se necesita ser muy rico.
 — Pero se necesita no ser escritor.
 — No le entiendo a Vd.
 — Pues yo sí le entiendo, madre, dijo Juan. Tiene razón don Antonio, que en España, aunque uno escriba bien, gana muy poco dinero. Aunque me esté mal el decirlo, yo escribo tan bien como el primero, pues el mismo señor juez dijo el otro día que tengo una letra tan gallarda, y con todo eso en el juzgado no me pagan mas que a real el pliego.
 — Calla, calla y no seas tonto. ¿Qué tiene que ver lo que tú escribes con lo que escriben los señores que sacan libros?...
 — No hay mas diferencia que ellos saben *ditar* y yo no.
 — ¡Pues no es nada lo del ojo!
 — De forma, madre, que cada uno tenemos nuestra ciencia. ¿No es verdad, don Antonio?
 — Sí que lo es, Juan, y sobre todo tiene ciencia el que como tú, trabaja sin descanso para atender a su madre.
 — En cuanto a eso, sí, señor, mi hijo es de lo que no hay. El no ha salido tan despejado ni tan fino como su hermano Pepe; pero en cambio no ha abandonado a su madre como aquel cabeza de chorlito, que se empeñó en irse a la Habana ó no sé dónde, y probablemente el pobrecito habra perecido en la mar, pues no hemos vuelto a saber de él... Pero a todo esto no nos acordamos de que Vd. querrá cenar y descansar, que vendrá molido de la diligencia.
 — De la diligencia, no, señora; he venido a pie...
 — ¿Es posible? ¿Y cómo se ha atrevido Vd.?
 — Me agrada mucho recorrer los campos, deteniéndome ahora en este cerro, bajando luego a aquel vallecito, cogiendo aquí unas flores, dibujando allí un árbol ó un paisaje...

— Es verdad que eso divierte mucho.
 — A Vds. les divertira, replicó Juan, que a mi maldita la cosa me divierte.
 — ¡Ya! ¡si todos fuéramos tan animalotes como tú, que solo te diviertes comiendo, y bebiendo, y fumando y retoyando con las mozas!...
 — ¡Es que eso es lo positivo!
 — ¡Hum!... ¡malhaya vuestro positivo!... Le aseguro a Vd., don Antonio, que no sé a quién ha salido este muchacho. Su hermano, mi pobre Pepe, dejaba todas las diversiones del mundo por juntarse con gente fina, por leer un buen libro ó por oír una buena música. Su padre, que esté en gloria, no tenía mayor gusto que sentarse en un altito a la caidita de la tarde, cuando venía de trabajar, y pasarse allí media hora, fumando un cigarro y contemplando cómo se escondía el sol tras de los montes lejanos, y oyendo los cantares y el toque de la oración en los campos y los campanarios de la llanura.
 — Qué quiere Vd., señora; en el mundo ha de haber toda clase de gustos...
 — Este le tiene al revés que su padre y su hermano. Su padre tenía sus cinco sentidos puestos en el huerto que verá Vd. mañana, y si fuera por gusto de este, ya no habria ni un árbol ni un rosál, porque dice que la fruta y las flores no dan dinero.
 — Y digo bien. Una cosa que no da dinero, ¿para qué demonches se quiere?
 — Yo te lo diré...
 — Mire Vd., don Antonio, no se canse Vd. en decirselo, porque no le ha de comprender a Vd. Ea, vamos a cenar, que mañana, si Dios quiere, charlaremos despacio.
 Cenamos los tres con mucha alegría y mucho apetito, y Claudia se dispuso a conducirme a la habitación que me habia destinado.
 — Que Vd. descanse, don Antonio, me dijo Juan, y añadió sonriendo: si en lugar de dormir esta noche en el cuarto en que va Vd. a dormir, hubiera dormido hace un par de meses, mas de cuatro maldiciones me hubiera Vd. echado.
 — ¿Y por qué?
 — Toma, porque hasta mas de media noche no hubiera podido pegar ojo, oyéndome tocar la guitarra y echarle coplas a la Rosa...
 — ¿Y quién es la Rosa?
 — Quién ha de ser, una novia que tenía yo...
 — Vamos, vamos, no haga Vd. caso de ese botarate, y véngase a acostar, dijo la señora Claudia, conduciéndome hasta la puerta de mi habitación.
 Esta habitación era un cuartito pobremente amueblado, pero muy blanco, muy limpio, y arregladito con todos los primores que el buen gusto puede inventar para suplir la pobreza.
 Cuando quedé solo en mi habitación, me puse a examinar esta atentamente, y abrí unas maderas que creí fuesen las de algún balcon. Aquellas maderas eran las de una puerta que daba a un huertecito, al huerto de que Claudia me habia hablado.
 La noche era deliciosísima, el cielo azul y la luna muy clara.
 Apenas abrí la puertecita que daba al huerto, mi habitación se inundó del perfume de las flores y la fruta.
 Salí al huerto, y me senté al resplandor de la luna en un asiento rústico, colocado en el centro de una especie de plazuela rodeada de rosales y matas de claveles y otras flores.
 De cuando en cuando, en medio del silencio de la noche, cuando el ambiente agitaba un poco las ramas, oía el ruido que hacia la fruta madura al caer de los árboles; me levantaba a cogerla y volvía a mi asiento, donde me sumergía en esas inefables y dulces meditaciones en que siempre se sumergen las almas *soñadoras* como la mía, cuando la noche es silenciosa, la luna clara, el ambiente perfumado y el cielo azul.
 Al otro lado del huerto habia una casa, y entre ella y la tapia del huerto, un callejon, al que daba un balconcico de la casa, que estaba oscura por aquel lado, pues no alcanzaba allí la luna.
 Varias veces creí ver que se asomaba a aquel balconcico una mujer...
 — ¡Ya le veo a Vd. venir! dijo el guardia civil al llegar aquí de mi cuento, interrumpiendo la lectura para dirigirse a mí. A aquel balconcico se asomaba alguna muchacha, de quien al cabo se enamoró Vd., y a quien va a ver ahora con tanta prisa...
 — Hombre, siga Vd. leyendo, que no estoy para gastar conversación...
 — Si digo que le veo a Vd. venir...
 — ¡Dale bola!
 El guardia continuó la lectura, movido no tanto por mi impaciencia como por su curiosidad.
 « De repente oí pasos en el callejon, y me pareció nuevamente que alguien se asomaba al balconcico, bajo el cual cesaron los pasos.
 — ¿Rosá? dijeron quedito en el callejon.
 — ¿Angel? contestaron, quedito tambien, desde el balconcico.
 Teníamos pues en campaña unos novios, que se pusieron a pelar la pava en los términos siguientes:
 — ¿Se ha acostado ya tu madre?
 — No sé.
 — Qué, ¿estás enfadada?
 — Y mucho que lo estoy.
 — ¿Por qué?
 — Porque no me quieres ya.

(Se concluirá.)

El museo Campana.

(Véase el número 500.)

EL VIDRIADO.

Tiempo bien feliz fué para la Italia el siglo XVI, aquella época fecunda en que las grandes ciudades, y hasta los pueblos de menos importancia contaban con orgullo maestros en el arte; las unas producían obras maestras de pintura y escultura; los otros las obras maravillosas del arte industrial. En Murano, la elegante y fina cristalería; en Pesaro, en Urbino, en Castel Durante y en Gubbio, los vidriados tan graciosos en sus formas, tan notables en sus adornos, tan brillantes en sus colores y reflejos metálicos. Donde mas incremento tomó este ramo de la cerámica fué en el pequeño ducado de Urbino, célebre por la protección que dieron

sus duques á las bellas artes. Guidobaldo II, uno de sus principes, contribuyó particularmente á la prosperidad de las fabricas de su pequeño Estado. Es verdad que á su advenimiento encontró ya laboratorios de cerámica que disfrutaban de gran celebridad en toda la Italia, y que contaban entre sus artistas á los hombres mas afamados. Eran Giorgio Andreoli y sus dos hermanos Salimbene y Giovanni, los tres forasteros en Gubbio, pero que por sus obras habian merecido el derecho de ciudadanía y de patriciado; y eran tambien Cencio, uno de sus hijos, y aquel Francesco Xantho, cuyas fuentes de hermoso color rojo tienen aun en el día un precio tan elevado. Guidobaldo, al fomentar esa industria tan productiva para los pueblos pequeños de sus Estados, dirigió á sus maestros en alfarería, sus *vasaji*, por una via nueva. La fabricacion se mejoró en algunos de sus procedimientos, y sobre todo en el estilo de sus pinturas. Los ceramistas del ducado de Urbino no tomaron como antes sus modelos al acaso, sino que emplearon



Jarron de Faenza.

dibujos originales de Rafael, por cuyo motivo muchas obras perdidas, muchos diseños del Sanzio, que no nos ha conservado el buril, se encuentran en las fuentes de Gubbio ó de Urbino, y donde se hallan reproducidos igualmente los grabados de Marco Antonio.

Por último, las fabricas del ducado llegaron á tener sus pintores, como aquel veneciano Battisto Franco, que el duque llamó á Pesaro, tan apreciado por Vasari, Rafael dal Colle y otros muchos pintores



Fuente de Faenza.



Fuente de Faenza.

de las diferentes escuelas italianas, que dirigian los trabajos de los ceramistas.

De este modo el vidriado vino á ser un arte cuyos productos se estimaron extraordinariamente. Las fabricas se difundieron por una gran parte de las ciudades de la Italia, en Rimini, Forli, Faenza, Bolonia, Rávena, Ferrara y Deruta.

Cada uno de estos talleres tuvo su estilo, su carácter, su escuela.

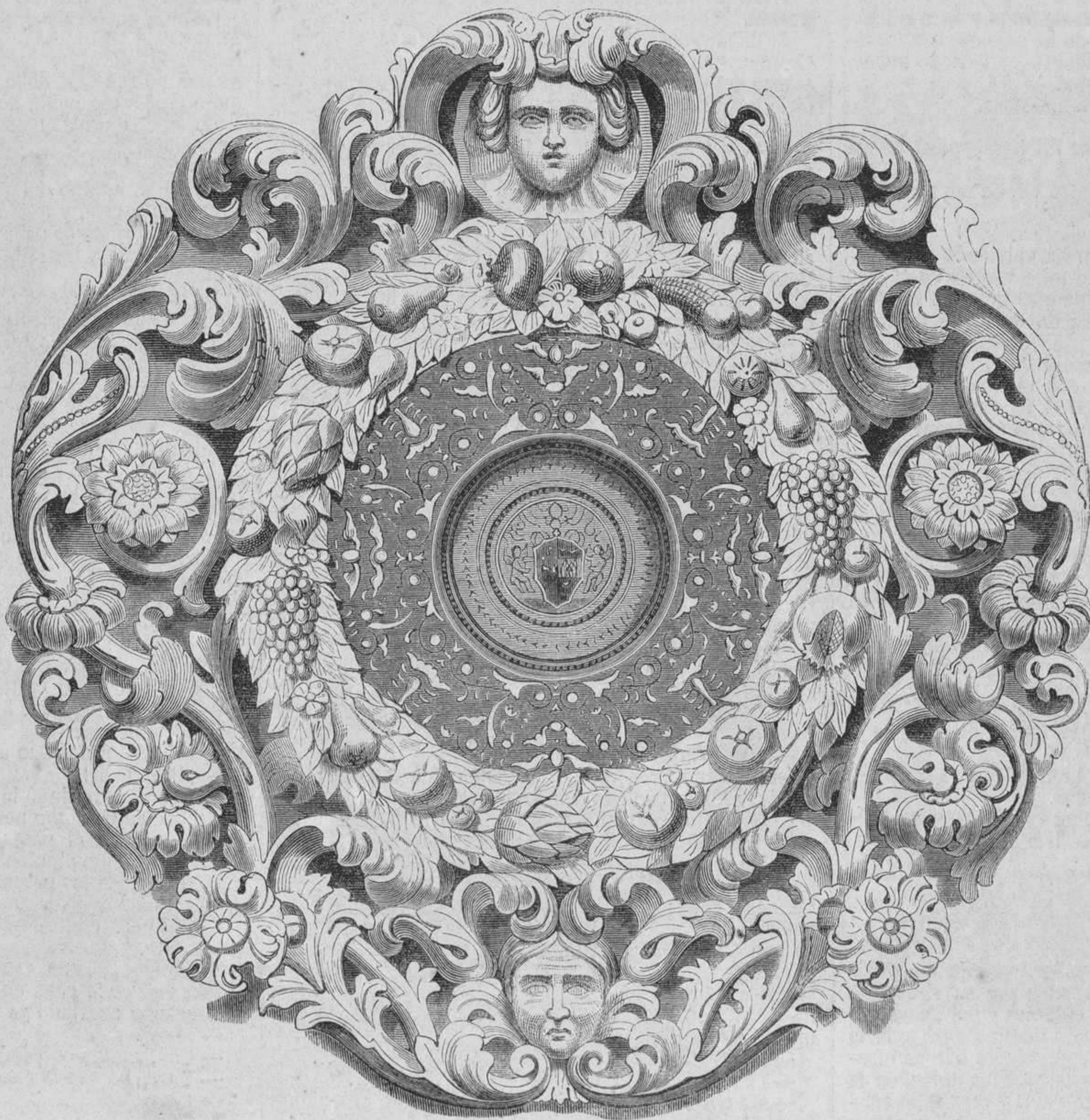
Faenza dió con justicia su nombre á la nueva alfarería. Nada podia igualar la frescura de colorido de las piezas que salian de sus fabricas: *il candore della vetrina*, segun la expresion italiana.

Deruta poseia la pura correccion del dibujo, y Castel Durante esas cualidades que los italianos llaman la *lucentezza*. Esta fué la segunda época del arte, época menos original quiza en sus producciones que la precedente, pero que cuenta tambien artistas muy notables. A su cabeza figuran el Urbinate Orazio Fontana, su hermano Flaminio, que el gran duque de Toscana llamó á Florencia, Guido Salvaggio, Lanfranco, Terenzio y Tadeo Zuccaro: todos estos artistas conservaron aun aquellas sanas tradiciones en cuya virtud la cerámica de la Italia, al copiar modelos de un gusto puro, habia hecho de un arte industrial un arte verdaderamente elevado; pero á su muerte, esto es, por los años de 1560, el estilo de las vasijas y de sus pinturas decayeron súbitamente; á los dibujos de los maes-

tros sucedieron las estampas flamencas, el paisaje reemplazó las composiciones de figuras, y el ornato de un gusto equívoco sucedió al paisaje.

Aun se pueden citar otros artistas del ducado de Urbino que florecieron en el siglo XVI, pero sus nombres apenas se pronuncian ya; y á mediados del siglo XVII fué abandonada esta fabricacion, que durante mas de doscientos años constituyó la gloria de aquel pequeño ducado, y dió renombre á tantos y tan maravillosos artistas.

H. L.



MUSEO CAMPANA. — Vidriado de Faenza orlado de madera esculpida y dorada.

Exposicion

UNIVERSAL DE LONDRES.

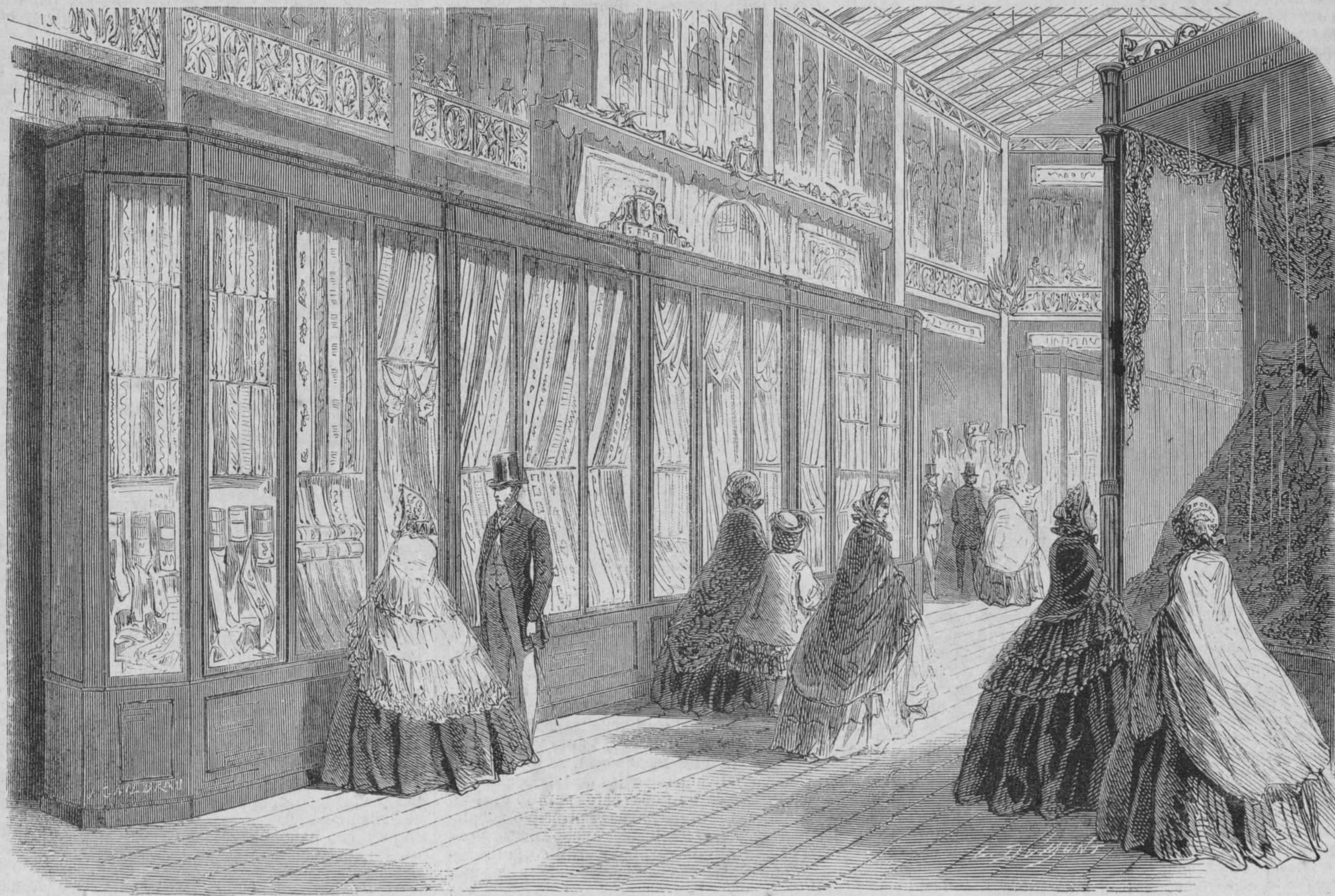
LAS CINTAS DE ST-ETIENNE.

Hé aquí una de las industrias mas importantes de la Francia, tanto por los capitales que exige, y por los esfuerzos incesantes que deben hacer los que se entregan á ella, como por las relaciones lejanas que establece. La seda es una primera materia muy costosa cuando ha recibido ciertos tintes; las cintas, objeto de lujo ante todo, están sujetas á los caprichos de la moda, y las de Saint-Etienne son conocidas del mundo entero. Este favor de que disfrutaban entre los consumidores de todos los paises le deben no solo al buen gusto que preside á su fabricacion, sino á una probidad comercial nunca desmentida.



EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES. — Pintura y escultura francesas.

En efecto, el comercio francés de exportacion se ha cerrado muchas salidas en el extranjero por los fraudes | en la calidad de la mercancía vendida. Los paños, ver- | cortos de lo que salieron de la fábrica, y en los algodo-
 bigracia, suelen llegar á su destino mas estrechos y mas | nes resultan á veces tambien fraudes del mismo género.



Escaparate de los fabricantes de cintas de Saint-Etienne.

Los fabricantes de Saint-Etienne no han tenido necesidad de comprender que la regularidad en la calidad y la cantidad de los productos entregados al comercio era la mejor de las prácticas, porque su honradez se lo había dictado así, y por esta razón el nombre de Saint-Etienne y su marca de fábrica son pasaportes suficientes en todo el universo. Las cintas de Saint-Etienne arrolladas en cilindros de madera, se compran sin necesidad de medirlas, y gracias a esto y al mérito de su fabricación, Saint-Etienne, con precio superior, puede rivalizar con los países que como la Suiza, la Prusia rhiniana y la Inglaterra producen más barato.

Según sucede en todas partes y en todas las industrias, se han creado especialidades en Saint-Etienne, y no todos los fabricantes dan los mismos productos. Los hay, como MM. Epitalon hermanos, que casi no se dedican más que a un género, y que gracias a una aplicación sostenida y a esfuerzos incesantes, han llegado en él a la perfección. Esta casa fundada hace cuarenta años fabrica principalmente cintas de raso, y en este género especial sus directores alcanzaron la primera medalla en la Exposición de 1855.

Sus cintas de raso son de dos clases. Las más caras se fabrican con seda de la China, de una regularidad perfecta, que sirve sobre todo para la trama. A fin de hacerlas más brillantes y sedosas las tejen a la mano y por piezas aisladas. En la segunda clase llamada raso de Inglaterra se emplean sedas de calidad inferior, y telares en los que se pueden tejer a la vez de ocho a cuarenta piezas.

MM. Giron hermanos producen en una escala considerable las cintas de terciopelo, lo que les ha permitido introducir en su industria perfeccionamientos importantes, que se resuelven por una economía en los precios de venta. Sabido es que los terciopelos son un tejido de doble cadeneta, una aparente ó de pelo, y otra subyacente ó de fondo. La primera está tejida entre cada hilo de trama en lazadas más ó menos grandes, que cortan de modo que esos hilos se presenten de punta; su mayor ó menor largo produce ya las felpillas, ya los terciopelos. La cadeneta de fondo está destinada con el hilo de trama a estrechar, anudar y mantener esas hilachas yuxtapuestas é independientes unas de otras que forman el terciopelo. Estos últimos hilos que constituyen la solidez del producto, pero que no se ven, pueden no ser de seda, bastando que su regularidad y su solidez igualen a las del producto que reemplazan. MM. Giron hermanos han sustituido a la seda de cadeneta los algodones hilados ingleses, y a la seda de trama los algodones glaseados de Lille, y gracias a la baratura de estos productos, han logrado realizar una economía de 30 a 35 por 100. ¿Durará esta economía con los precios que toma el algodón?

En 1855 cuando obtuvieron la primera medalla MM. Giron, no fabricaban más que cintas del número 200, es decir, de 0^m.072 de ancho, y hoy las fabrican del número 700, ó sea de 0^m.240, que tienen todas las calidades del terciopelo.

MM. Descours y compañía se entregan también y con buen éxito a la fabricación de cintas de terciopelo, pero sin limitarse al color negro. También han expuesto de esas cintas de raso muy ligeras y baratas, cuyo uso es tan considerable entre las personas que no eligen en los artículos de lujo las calidades superiores.

M. J. B. David forma la transición entre los fabricantes de cintas lisas y los que se aplican a lo que llaman la novedad. Los terciopelos forman la base principal de su industria; terciopelos negros, anchos y que corresponden a todas las exigencias de la moda por sus dimensiones y calidad, y luego terciopelos labrados y espolinados con dibujitos de colores. A estos productos que fueron recompensados con una medalla de primera clase en 1855, M. J. B. David reúne la fabricación de cintas de tafetan negro y colores oscuros y la de galones lisos.

Vamos penetrando en el dominio de la novedad con los productos de MM. Dugnat-Gauthier y compañía, que se dedican sobre todo a la fabricación de terciopelos de fantasía negros y de todos colores, de tonos muy finos y ligeros.

La exposición de M. L. Donzel es notable por los terciopelos escoceses, tejidos en pequeños telares de bajas lizas, por las mujeres de las montañas que rodean a Saint-Etienne; como estos telares son de una fabricación muy elemental, no pueden producir sino dibujos muy sencillos. M. Donzel ha expuesto también cintas de tafetan espolinado sobre cadeneta y de terciopelo de un hermoso efecto, por mitad, que explican por qué ese fabricante obtuvo una medalla en Londres en 1851, y una primera medalla en París en 1855.

MM. Gerentet y Coignet han expuesto al lado de inmensas cintas de una frescura incomparable adornadas de anchos ramilletes de flores impresos sobre la cadeneta antes del tejido, otras cintas adornadas con flores espolinadas sobre el telar. Entre estas últimas citaremos sobre todo una cinta de un blanco un poco rosado espolinada de flores rosadas del más lindo efecto y de un tono armónico.

Estos fabricantes proceden por tonos francos, por anchas superficies de un mismo matiz que acusan la forma y el modelado, partido que nos parece excelente bajo el punto de vista decorativo, pero quizá la perfección del trabajo le hace algo duro.

En fin, estos hábiles industriales han presentado un retrato de S. M. la reina de Inglaterra obtenido por el telar á la Jacquard, y de mucha finura de modelado.

M. Ch. Rebourg, que apenas hace cuatro años es fabricante, se ha colocado desde luego entre los más hábiles. Por lo demás, marchar en un terreno limpio de

toda la antigua maquinaria que á veces se vacila en destruir aunque haga perder dinero, y montar talleres con un material nuevo y al nivel de los últimos perfeccionamientos, es casi siempre una causa de buen éxito. Este material es más costoso, pero con él se trabaja más barato y mejor, y por consiguiente hay economía en emplearlo.

La fábrica de MM. Barrallon y J. Brossard, fundada en 1825 por M. C. Barrallon, se aplica sobre todo a la fabricación de las cintas-novedades de sedas torcidas, es decir, tal como salen de la filatura. Solo después del tejido las cintas reciben el tinte, la impresión y los diferentes aderezos que las dan su brillo y consistencia. MM. Barrallon y Brossard fueron recompensados por su excelente fabricación con una medalla de bronce en 1851, y una primera medalla en 1855.

Esta importante fábrica que en tiempos ordinarios emplea 800 personas y que puede ocupar hasta 1,200 en tiempos prósperos, trata las cintas de seda como los fabricantes de tela pintada tratan el algodón ó la muselina. Sus aparatos, que son de los más completos, tienden a imitar lo mejor y lo más económicamente posible la operación primitiva del bordado a mano, y la operación más perfeccionada aun del espolinado.

A esta fabricación especial de la casa MM. Barrallon y Brossard, han reunido la de productos muy complicados, que consisten en cintas plegadas de distintos matices, cubiertas de imitación de encaje, que nos ha parecido obtenida por el tejido y que se combina con el encaje verdadero que sirve de puntilla. Hay aquí una combinación de fabricaciones diversas que indica mucha habilidad en el manejo de los diferentes agentes de producción, tintura, tejidos y aderezos, que se usan en Saint-Etienne.

Terminaremos esta revista de los fabricantes de Saint-Etienne que marchan a la cabeza de la industria de las novedades por MM. Larcher-Faure y compañía. La medalla de oro en 1849, la price-medal en 1851, y la medalla de honor en 1855 han recompensado sucesivamente la excelencia de su fabricación.

MM. Larcher-Faure y compañía han reconocido una cosa muy justa y muy sencilla a la vez, a saber: que las cintas suelen mostrar el revés, y que este revés es por lo regular muy feo. Entonces dieron a luz las cintas sin revés que llaman de dobles caras. Las han expuesto impresas por un lado y lisas por el otro, dibujos escoceses opuestos á chinos, y labrados cuyos colores son contrarios, de manera que lo que es rosado por una parte, viene á ser violeta por la otra.

Finalmente, estos señores han expuesto una obra maestra de fabricación, cual es el retrato de la familia imperial.

Lleguemos ahora á la pasamanería que muestra en Saint-Etienne productos tan bonitos y tan complicados, que no se dirían fabricados en telar. M. Girinon hijo ha presentado cintas mitad gasa mitad soutache, que son un tejido ligero por un lado y rematan por el otro en festones y borlas. La mano de obra es casi el todo en esta fabricación, que además exige un incesante estudio de las necesidades actuales y futuras del consumo. No se trata en efecto, de seguir las modas, sino de crearlas y saber hoy lo que se llevará mañana. Para esto es preciso estar siempre alerta, dibujar ó mandar dibujar, elegir entre una porción de pruebas, realizar cierto número de muestras, y luego presentarlas a los compradores, tantear por fin al consumidor que á veces destruye todas las esperanzas, y en fin, fabricar de prisa y a escondidas, digámoslo así, los géneros adoptados por los comerciantes al por mayor, a fin de que estos puedan abastecerse antes de que los competidores desleales (que siempre los hay) puedan falsificar la obra. M. Girinon hijo, a quien sus cintas de gasa habían valido una medalla en 1855, ha puesto pleito á menudo a fabricantes que habían copiado los géneros imaginados y realizados por él.

M. A. Denis conserva solo la fábrica donde con la ayuda de M. Bayon había importado a Saint-Etienne en 1849 la fabricación de la pasamanería que después ha tomado allí tanto incremento. En la Exposición de 1855 estos señores obtuvieron una primera medalla por sus cintas de gasa labrada; pero hoy el establecimiento no ha presentado artículos muy distintos. Primeramente, vemos en los escaparatés piqué blancos sobre cintas negras que dibujan grecas del mejor efecto, y luego imitaciones de pieles y de plumas rizadas. Hay fabricantes de flores artificiales que imitan el encaje con la pluma; hé aquí un fabricante de encajes que cuando la fantasía ó la moda se lo ordenan imita las plumas con la seda. ¡Bueno contraste!

Sea cual fuere el mérito de estas invenciones, que al cabo y al fin prueban el genio inventivo de los industriales, esto hace progresar la tecnología, y pone en obra una porción de productos nuevos en el ramo de cintas, como verbigracia, los hilados de algodón sencillo, retorcidos, glaseados, la borra de seda y el pelo de cabra; y luego todo esto se trabaja en telares de cuatro, cinco y ocho lanzaderas que producen aquellas maravillas.

La observación que MM. Larcher, Faure y compañía habían hecho en las cintas espolinadas, se le ha ocurrido á M. Denis relativamente a las de terciopelo. Por esto fabrica terciopelos de doble cara, para lo cual ha llevado á sus últimas consecuencias el principio adoptado por los fabricantes de terciopelos anchos. Estos operan con dos cadenetas de fondo tendidas a corta distancia una de otra, y entre ellas descansa, sube y baja una cadeneta de pelo que se liga alternativamente con la tela superior y la tela inferior. De este modo se obtiene una tela gruesa; y cortandola con una navaja de afeitar en

el sentido de su espesor se sacan dos piezas de terciopelo ordinario.

En lugar de dos cadenetas de fondo que se pongan tres, y dos cadenetas de pelo en vez de una, y se obtendrán por una doble sección horizontal dos piezas de terciopelo ordinario una encima, otra debajo, y entre dos una pieza de doble cara.

Este perfeccionamiento importante para los artículos de moda, puede serlo más para los de uso diario. Por ejemplo, se podrán fabricar terciopelos de algodón de doble cara que ofrecerán una resistencia mucho mayor que los terciopelos ordinarios, puesto que por cada lado estará protegida la cadeneta de fondo.

Sea cual fuere nuestra opinión particular sobre las cintas con rizados, el viento de la moda está por ellas, pues hé aquí otro industrial, M. E. Faure, que ha expuesto muchas.

Estábamos á punto de olvidar una fábrica que realizaría una brillante fortuna si poseyera por parroquianos todos aquellos que no desearían otra cosa.

¡Cuántos franceses se felicitarían de poder comprar una cintita encarnada! Algunos no esperarían mucho para hacerlo, pues estamos en vísperas del 15 de agosto, día de nombramientos en la Legión de Honor; por eso la actividad debe ser grande a estas horas en los almacenes de M. J. Neyret, quien tiene la especialidad de las cintas de todas las órdenes del mundo.

No olvidemos tampoco los productos de la villa de Saint-Chaumont, que más modesta en sus pretensiones se contenta con tejer las trencillas y cordoncillos de toda clase que se emplean en los vestidos, y que ante toda cosa deben ser sólidos.

La Inglaterra, que toma tanto de la edad media á cuya época permanece adherida aun por tantos lazos, ha renovado las cintas de inscripciones, como hemos visto en su exposición; pero no se ha limitado á esto, sino que todos los géneros expuestos en Saint-Etienne encuentran sus semejantes en Coventry. Allí se fabrican un par de semanas más tarde que en Francia, pero el caso es que se fabrican, y no será un profano como yo quien notará una gran diferencia entre los productos de los dos países, rasos, terciopelos lisos ó labrados, tafetanes estampados sobre cadeneta, sobre tisú ó espolinados. En cuanto á las cintas escocesas, hacen tantas y desde hace tanto tiempo, que podría ser muy bien que tuvieran cierta superioridad sobre los franceses.

Los prusianos han centralizado en Crefeld la fabricación de las sederías y la de las cintas. Los rasos y los terciopelos de color negro ó oscuro, generalmente se fabrican allí tan bien y tan baratos, que los fabricantes de Saint-Etienne apenas pueden hacerles competencia. En fin, la Suiza hace también en los cantones de Zurich y en Basilea una concurrencia sensible a la industria francesa, en el ramo de artículos ligeros y de mucho consumo.

Los fabricantes de Saint-Etienne deben sostener pues una lucha incesante entre ellos y contra sus rivales extranjeros. Sus numerosos concursos y su brillante exposición prueban que no desesperan del porvenir, y que al contrario, tienen mucho que ganar con el sistema aduanero que les ofrece las primeras materias á precio más bajo, al mismo tiempo que les proporciona más medios de cambio que los que poseían antes.

A. D.

España en Londres.

(Continuacion.)

GARTA SETIMA.

Si Italia no nos ha parecido dignamente representada en su sección de pintura, en cambio la consideramos á la cabeza de las demás naciones en las obras que se producen con el cincel. De 700 esculturas colocadas en la extensión del palacio de Kensington, 200 son italianas, 270 inglesas, y 230 pertenecen a los otros países, de modo que Italia sola ha remitido á Londres casi tantas esculturas como todos los pueblos de Europa juntos.

Y no es únicamente el número lo que da a Italia esta supremacía, sino que sus obras, de gran importancia artística las más, son también las que se destacan de entre el confuso laberinto de objetos en que esta colocada la estatuaría. El local de la exposición no permitía aislar ni menos exhibir en sitio conveniente las esculturas, y por eso, así como para no causar monotonía en su aspecto, se dedicaron a adorno de las galerías de la industria, distribuyéndolas respectivamente en los países de su procedencia. Esto, que ha proporcionado gran visualidad y belleza al conjunto, perjudica no poco á los artistas expositores, porque sus obras, confundidas con multitud de objetos de tamaños y colores diferentes, no dejan a los ojos la calma necesaria para contemplar y sentir las delicadas líneas del mármol.

Así se explica cómo muchos aficionados preguntan por autores de nombrada, cuyas obras sin embargo se hallan colocadas en primer término, y ante las cuales se pasa con indiferencia, a la vez que algunas de escaso mérito conquistan la mirada de todos por las condiciones especiales del hueco que las contiene. Jamás la escultura se ha visto representada con más discordancia compañía. Una Venus ó un Apolo decoran el obelisco de velas de Austria ó el trofeo de lápiz de Rusia ó el arco

de lana de Nueva-Brunswick; la apoteosis de la aplicación descansa sobre ovillos de seda; el ángel del sueño tiene espadas y puñales por pedestal; Cleopatra figura en medio de almendras y judías; Víctor Manuel está al lado de botellas y vasos de vidrio; Sardanápalo se baña en algodón; Castor y Pólux presiden una batería de cañones rayados; el ideal, en fin, de las bellas artes se confunde, se oscurece y como que se materializa entre los productos del arte fabricado: es la serpiente del humano ingenio que, enroscándose, junta su cabeza con su cola. ¿Cómo pues, los ojos que miran la industria en sus múltiples y extravagantes manifestaciones han de temblarse repentinamente para apreciar con tranquilas miradas los dulces e imperceptibles rasgos de la escultura?

Sea por esto, sea porque nuestra imperfecta organización privada no nos permite comprender en toda su verdad el divino arte de Praxiteles, nosotros, lo confesamos con lisura, hasta desconocíamos el gran número de obras y de autores que habían concurrido a la exposición antes de estudiar esta parte de ella con ánimo de transmitir nuestro juicio a los lectores.

Porque a nuestro modo de ver, la escultura es el único arte que se niega a los progresos del mundo, ó por mejor decir, es un arte muerto: la escultura nació y vivió el tiempo indispensable para copiar al hombre desnudo, para idealizar la última y mas perfecta obra de la creación. El hombre cubierto, esto es, el alma humana desprovista de carne, no pertenece a la escultura mas que por relaciones craneoscópicas; es patrimonio exclusivo de la pintura, que es el arte vivo de la humanidad. La escultura no puede representar a un sabio como no sea hermoso, ni a un guerrero como no sea grande, ni a un héroe como no sea varonil. Todos los misterios divinos que se encierran en un cuerpo heroico, endeble, en un cuerpo de sabio, feo, en una figura de conquistador, raquítica, son obstáculos insuperables para el cincel y el mármol. La escultura ha de ser la mentira absoluta para que guarde relaciones con la verdad relativa: la anatomía y el alma han de caminar en ella armónicamente, en términos que si se desequilibran, como acontece por lo comun en el mundo real, el arte está perdido y sin recursos.

La escultura pues, dijo hace dos mil años su última palabra. Cuando el hombre andaba desnudo y cuando su cuerpo se perfeccionó a la vez que su inteligencia, los escultores copiaron al hombre esculpiéndole fotográficamente en los mármoles de Grecia y de Italia. Desde entonces el hombre, ó se reprodujo en la misma forma, ó perdió belleza física, sin adquirir por esto bellezas morales de nuevo orden; y así la escultura, ó copia las obras de los antiguos, ó da lastimosas caídas en cuanto quiere adoptar diversas combinaciones. Fidias colgó la péñola sobre la columnata del Partenon, y todo el que la toca, si no es malandrín, es temerario. ¿No pasa ya por corruptor el jefe de la segunda época artística del mundo? ¿No deliran los que siguen las huellas de Miguel Ángel?

Por eso pertenecemos a la escuela de los que tienen la escultura por arte inmóvil y tradicional; ni trabajamos ni creemos en su progreso; nos bastan las obras que nos dejó el mundo antiguo para gozar este espectáculo del arte; aplaudimos los que copian bien y admiramos los que interpretan fielmente los grandes modelos, sin aspirar a creaciones que no existen, y vivimos en la íntima persuasión de que a la escultura no le queda mas progreso que servir de auxiliar a la industria artística, esto es, dirigir por buen camino las artes de especulación.

Equivocada ó razonable esta manera de apreciar la escultura, ella nos ha llevado a no ver en la exposición de 1862 nada que no tuviéramos previsto con muy contadas excepciones. Nosotros, que pasábamos los días en el Museo británico de Londres, donde la temeridad, la riqueza, la avaricia artística de los ingleses han reunido todo lo grande y bello que al comenzar el siglo se conservaba de la escultura antigua, no podíamos impresionarnos despues ante las buenas obras de la exposición que son palida copia de aquellas, y menos ante las vulgares ó reformistas que revelan en su generalidad mas delirio que inspiración, mas atrevimiento que estudio. Es cierto que en las galerías del último palacio figuran un Canova y un Thorwaldsen al lado de algunos otros célebres y celebrados artistas; pero ¿cual es en estos su mayor gloria? ¿No lo es sin duda la de respetar con religioso culto, no solo las máximas, sino la manera de los antiguos maestros? ¿No se repite a cada viajero que visita la sala griega del Museo británico el entusiasmo, la locura, el frenesí con que se abrazó Canova a los restos preciosos de la antigüedad cuando contempló por vez primera aquellos tesoros?

Diverso debe ser el pensamiento de la mayoría de los escultores contemporáneos por lo que puede juzgarse en la exposición de 1862. Si algunos han respetado la tradición antigua, muchos son los que la bastardean a pretexto de seguir la corriente de los progresos del mundo. Rebeldes a la idea de inmovilidad, lo cual les honra hasta cierto punto, intentan abrir nuevos caminos al arte mudo de la estatuaría, como si no fuera una inocente fabula el beso de Prometeo. Unos apelan al melodrama, otros se esfuerzan por vencer dificultades de ejecución cubriendo las figuras con un velo, algunos recurren a la metafísica para expresar sus ideas que solo caben en la imaginación de los que las conciben, y no falta quienes, aglomerando objetos al rededor de las figuras ó haciéndolas campo de piedra y de colores, pretenden dar vida y movimiento a lo que no puede ni quiere hablar. Confesemos, sin embargo, que estos

esfuerzos no son completamente estériles ni dejan de producir algo, siquiera sea en mínima parte y sin que se resienta por ello la belleza clásica. Varias obras italianas, y entre otras una que hemos nombrado recientemente, están llamando bajo este concepto la atención del público.

Hay un escultor con quien vamos a particularizarnos, que innovando hasta cierto punto la estatuaría, ha salido airoso de su empresa. — Una muchacha como de doce años, a quien se supone presa de la pasión a la lectura, se ha levantado de la cama, y sentándose de medio lado en una silla tosca, devora los conceptos de un libro con profundo arrobamiento en la soledad de su vivienda. — El asunto, como se ve, era peligroso, porque el desnudo social no es como el desnudo histórico: Venus puede aparecer desnuda sin que se resienta por ello el pudor público; pero una señorita de nuestro tiempo no puede aparecer ni a medio vestir. La idea, además, de que se abandone el lecho para leer sin que preceda compostura de forma y traje, estaba muy cerca del ridículo. La situación en fin, era embarazosa en cuanto al arte, porque una estatua sentada, y en silla de nuestros días, y casi desnuda, ofrece tantos inconvenientes materiales y de líneas como del orden moral y estético.

El artista, sin embargo, lo ha superado todo con el talento múltiple del genio superior, y su estatua es armónica en el conjunto, clara para la comprensión pública, honesta cuanto permite la desnudez, sencilla é interesante en su significación moral, y está además modelada con un gusto exquisito que recuerda las bellas creaciones del arte. Una figura de mujer, si desnuda, hubiera sido obstáculo a la decencia, si vestida, hubiera sido obstáculo a la representación artística; pero una pobre muchacha de pocos años, cuyas formas solo tienen el atractivo de la dulzura, cuya inocencia es compatible con el abandono en la soledad, cuya presunta persecución le autoriza para robar al sueño los instantes que desea dedicar al libro; y todo esto manejado con esa finura de accidentes propia de la verdad embellecida, con ese tacto del sentido recto, con esa facilidad difícil del ingenio privilegiado, constituyen sin duda alguna una obra que con justicia se ve constantemente rodeada y favorecida del público.

No quiere decir esto que la estatua de Pietro Magni sea la mejor de la Exposición de Londres: lo que pretendemos al fijar sobre ella especialmente la vista, es colocarla a la cabeza del arte reformador, sacarla de entre la turba de las románticas para evidenciar un progreso de la escultura, que si no nuevo camino, como algunos pretenden, es, si, un sazonado fruto entre verdes y amargas yerbas. Porque aparte de una docena de obras, quizá no mas, que sin novedad notable en su invención, pero ejecutadas con maestría, ofrecen media docena de artistas, todas las demas parecen pertenecer al lugar de la industria en que están colocadas, con preferencia al arte que se propusieron sus autores. Solo Italia, y sobre Italia Roma, presenta un conjunto agradable que induce a suponer en esa parte de Europa un refugio a la escultura, donde si no crezca y fructifique, lo cual no creemos fácil, conserve al menos antiguas tradiciones amalgamadas, hasta donde consienta el arte, con las ideas de la moderna civilización.

Hecho ya este paréntesis, que exigía de nosotros la dureza con que tratamos a Italia en la pintura, pero que no es una revista de estatuaría, prosigamos el examen de las naciones que nos quedaban por recorrer en el paseo dado a lo largo de las galerías de Bellas Artes.

Austria, que figura por separado de todo el resto de Alemania con 149 obras, y las 542 que la Confederación germánica reunida presenta, ofrecen, para ojos meridionales, un Museo en donde hay mucho mas para aprender que para admirar. Los alemanes de hoy consideran la pintura como todas las demas cosas, como un resultado de la filosofía. Ellos han descubierto las leyes de la estética, ellos han clasificado la índole de la historia, han establecido las reglas de las costumbres, han ordenado los elementos de la producción general, así en asuntos morales como en físicos: su teoría de los colores es la primera, sus fundamentos de perspectiva son los exactos, su método de composición es el único ajustado a las condiciones de los sentidos: todo lo tienen los alemanes, todo lo saben, poseen el instrumento de hacerlo todo; y solo les falta que con esas recetas puedan fabricarse artistas, que con esos elementos resulten cuadros.

No pertenecemos nosotros al número de los que niegan la importancia del saber con relación a las bellas artes, ni de los que creen que el genio desbordado é ignorante vale y aprovecha mas que el corregido por la instrucción y el método; al contrario, creemos que Rubens, por ejemplo, valdría mucho mas si no vistiera de terciopelo y galon de oro a los *Reyes Magos*, así como Pablo Veronés sería pintor mas respetado si sus asistentes a las *Bodas de Caná* no gastasen trusas; pero si somos de los que están persuadidos de que con la filosofía pictórica no se fabricarían nunca artistas que excedan de la categoría de medianos, mientras que sin ella se pintaron el *Jacob*, de Ribera, la *Santa Isabel*, de Murillo, y las *Lanzas*, de Velazquez.

¿Poseen los alemanes cuadros que revelen la próxima esperanza de pintores a la manera de los que hemos nombrado? — En la exposición de 1862 no los hallamos. Hay en ella multitud de brillantes jóvenes que retratan bien, que sienten bien la naturaleza, que conocen bien la historia; pero que con una frialdad tan parecida a la ciencia como distante de la inspiración, resfrían al curso sin conseguir atraer sus miradas ni por la extra-

vagancia ni por el entusiasmo. Los alemanes además son de los que con mayor empeño tienden a vencer dificultades de paleta. Muchos de sus cuadros parece que no tienen otro objeto que robar la luz al sol, ensayar efectos de luz, presentar figuras en violentas posiciones, amontonar contrastes y cuanto en las academias y colegios constituye el bello ideal de imberbes artistas. Fuerza es decir que esto lo han conseguido algunos de una manera sorprendente, y que pocos se han engañado de sus pretensiones.

Se conoce que la ciencia en este punto corresponde a los resultados que se apetecen, aunque ellos no sean bastantes para establecer una escuela verdaderamente progresista. Y que en Alemania se busca esta escuela no puede dudarse, porque lo primero que se percibe en su numerosa exposición de pinturas, es la escasez de países, la escasez del género antiguo alemán, la escasez de especialidades germanicas, que contra la prevision del observador se han refugiado en Bélgica principalmente, en Suecia, Dinamarca y Noruega, cuyos lienzos a lo tabla, cuyos tripticos a lo Alberto Durero, de gran mérito algunos, están reclamando una diferente paternidad. — ¿Será estéril para las bellas artes del siglo XIX el afán escudriñador de los alemanes? — Creemos que no.

Y para probarlo nos bastará decir que en la pintura de género de que han remitido bastantes muestras, se nota una tendencia elevada, un carácter filosófico serio, que recogido ya por un inspirado hombre del Norte, patentiza el para nosotros verdadero progreso de la pintura moderna.

Hay en la Exposición de Londres de 1862 un pintor de costumbres, un admirable ingenio, un coloso (para valernos de la expresión que exige nuestro entusiasmo), al cual no dudamos en conceder el primer puesto entre los presuntos reformadores de las bellas artes. Este pintor, a quien no conocíamos, de quien nadie nos ha hablado anticipadamente, cuyos cuadros se han expuesto sin pompa, cuya fama ha venido a nosotros por intuición, y a quien, según hemos sabido despues, se le prodiga ya en todas partes el respeto debido a los grandes hombres, es noruego y se llama Tidemand.

Tidemand es un pintor de pequeños cuadros de costumbres con figuras de tercera parte del natural, ni mas compositor, ni mas colorista, ni mas dibujante, ni mas fotógrafo, ni mas artificioso que lo que se necesita para realizar las ideas que concibe. Hombre serio y reflexivo, no pinta las costumbres mas que bajo el prisma de la elevación: moral y religioso en extremo, no pinta mas que lo honesto y santo; patriota, pinta a su país; artista, pinta lo bello; hombre de bien, pinta lo honrado; poeta y prosista a la vez, pinta lo ideal y lo posible; talento distinguido además, pinta lo útil, lo asimilable, lo provechoso: con su ciencia llama al sabio, con su atractivo a la mujer, con su gracia al vulgo; y en una palabra, si nuestra ignorancia no nos ofusca los sentidos, él es el que da la fórmula de la pintura del siglo XIX en el palacio de Kensington.

Explicemos algo la razón de este entusiasmo nuestro: ella disculpara los errores en que podamos incurrir.

Hubo un tiempo en que las bellas artes eran patrimonio de muy pocas personas en cuanto a su adquisición, y de muchas menos en cuanto a su cultivo. La configuración social del mundo encerraba a las artes en el estrecho círculo de los poderosos y de los sabios, porque solo ellos podían adquirirlas y comprenderlas. La clase media no estaba educada para estos manjares del entendimiento; el vulgo ni los gustaba ni los conocía: ser pintor era, por consiguiente, recibir inspiraciones de los dioses, lo cual estaba reservado a pocos, y transmitirlos a los magnates, lo cual quedaba entre pequeño número también. Los artistas podían y debían pues adoptar el lenguaje culto de la ciencia, la figura enigmática de la filosofía, la parábola misteriosa de la religión, el emblema simbólico de la fabula, sin miedo de incurrir en confusiones para consigo mismo ni de quedar incomprensibles para el público: hablar confusamente era hablar claro: no detenerse a explicar nada era explicarlo todo.

Pero pasan los siglos, y el espíritu humano recibe un ensanche prodigioso: la ciencia se difunde por sí propia, la comprensión se propaga entre mayor número de individuos, la riqueza se adquiere por muchedumbre de personas, la enseñanza se generaliza en extremo, el entendimiento de la multitud se despeja indefinidamente; y al modo que se multiplican las sociedades por el acrecentamiento de la especie, se multiplican también los ingenios productores y consumidores por el acrecentamiento de la humana razón. Fijarse pues en las manifestaciones de la primera época para hablar a esta segunda, elevarse en el punto de partida, cuando ese punto ha irradiado inmensamente sus resplandores, es no solo un atraso, no solo una falta, sino que es la obcecación absurda del que pretendiese explicar la doctrina de Jesucristo en hebreo antiguo a las sociedades modernas, porque el antiguo hebreo había sido el idioma del Hijo de Dios.

¿Qué es de lo que aquí se trata principalmente? ¿Del fondo ó de la forma? ¿Cual es la misión del artista, si tiene alguna? ¿Pintar figuras de esta ó la otra especie, ó revelar este y el otro pensamiento de la manera mas bella, mas comprensible y mas filosófica? — Pues bien: si en el mundo pagano se representaba a Júpiter desnudo como emblema de una falsa religión, y a las bacantes y las gracias como emblema de una falsa sociedad; si en el mundo cristiano se representaba a Jesús como emblema de una verdadera religión, y a los ángeles y las vírgenes como emblema de una verdadera sociedad

moral: si proscrito despues el paganismo y fructificada la palabra divina se presentaron los mártires, los héroes y los santos; si andando el tiempo se generaliza la moral, se emancipa al siervo, se llama al hombre hermano, se constituye la familia, se extiende la caridad y se aspira al perfeccionamiento posible del hombre-espíritu y á la lucha pösible tambien contra el hombre-materia, ¿qué extraña es, qué inusitada, qué absurda ha de ser la idea de exigir nuevas manifestaciones, no á doctrinas nuevas, sino á consecuencias, á frutos, á resultados tangibles de antiguas y venerandas doctrinas? ¿Porqué Jesucristo y la Virgen María y el Angel de la Guarda no han de poder representarse, aun con la imperfeccion natural humana, en un hombre, en una mujer y en un niño?

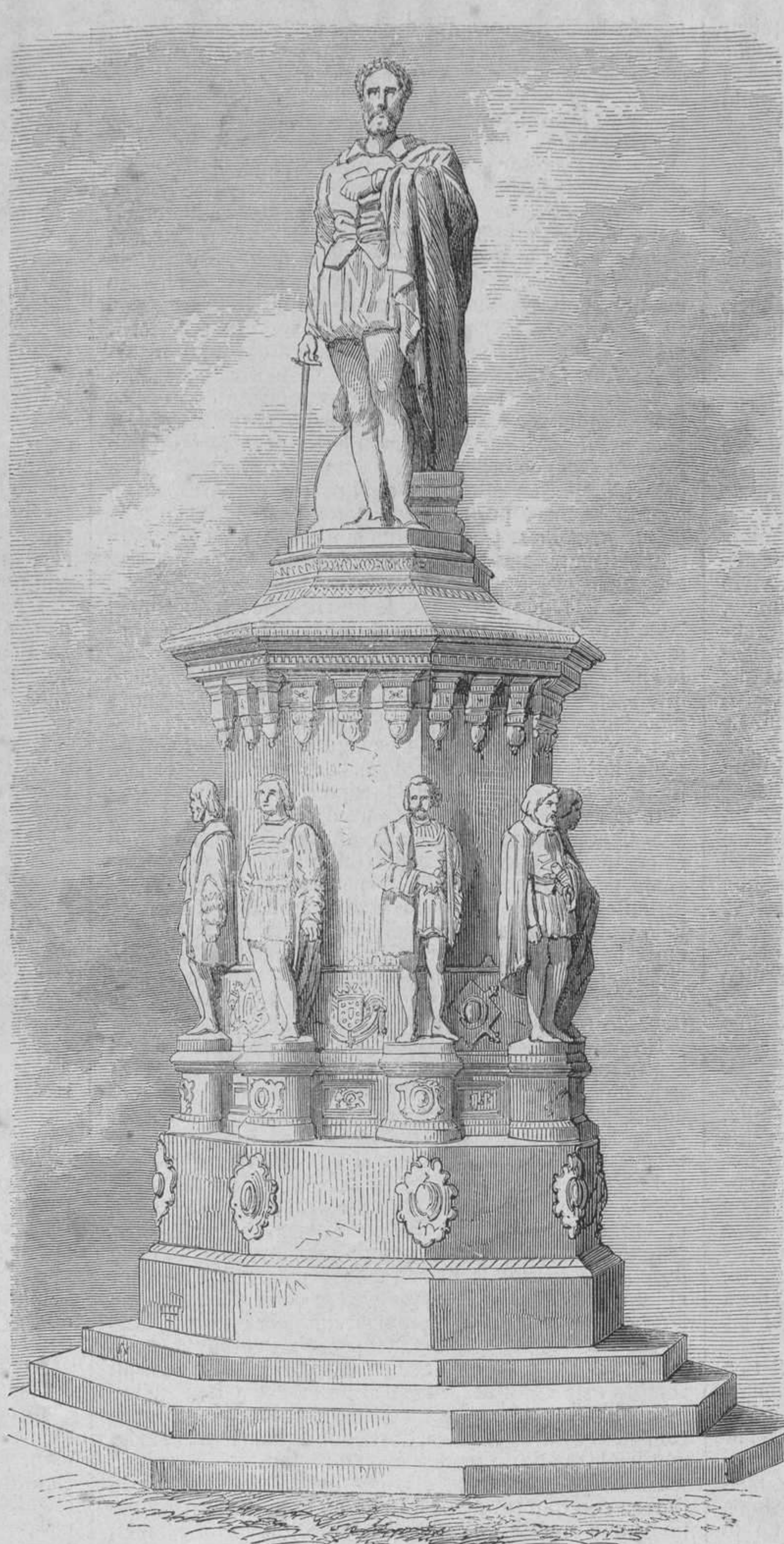
Estos han sido los razonamientos de Tidemand, este el norte de su doctrina, esta la manera artistica adoptada en sus cuadros. — Y ¿cuál es el medio de realizar tales portentos? se preguntará; ¿qué nuevas figuras fabrica? ¿En qué lugares hace representar sus dramas? ¿Qué dramas son esos?

Un establo en donde yacen varios enfermos, en época de epidemia probablemente, que reciben la Eucaristia de manos de un anciano sacerdote, a quien acompaña el pueblo, hé aqui un cuadro de Tidemand. — La cocina de un cortijo ó casa de campo donde un jóven agricultor, que va á ordenarse quiza, lee y comenta los libros santos una tarde de fiesta á sus parientes y convecinos, hé aqui otro cuadro de Tidemand. — Una sala donde dos ancianos se despiden de su hijo casado á quien el acrecentamiento de su propia familia llama á otros lugares, como la rama fresca de un árbol viejo se trasplanta para que el bosque no se pierda, hé aqui otro cuadro de Tidemand. — Unos novios que atraviesan el lago en una barca para que sus amigos del pueblo cercano les saluden y tomen parte en su infinita alegría, hé ahí otro cuadro de Tidemand. — No apela el pintor á otros recursos, no exige otro teatro, no inventa otras figuras que las figuras, el teatro y los recursos de su propio país: los que le presta la sencillez del pueblo, el encanto de la moral y la múltiple fisonomia del alma humana asomada á dos ojos de una cara. Hé ahí toda su trascendental filosofía; né ahí todo su magnífico arte.

Pero Tidemand no toma la paleta como Bellini no tomaba el pentagrama sin sentir en su númen el calor divino de la inspiracion, y sin tener á la mano ese raudal de savia desconocida que constituye el fondo de los grandes artistas. El hace del pobre sacerdote de aldea una Providencia, del jóven moribundo un martir resignado, del lector campesino un apóstol, de la doncella que escucha una santa: él arregla que un perro, fiel quizá, pero sin discernimiento, dé la medida de la ingratitud tirando de su amo á quien el abuelo besa la frente, porque para el animal aquella separacion equivale á un paseo: él desgarrá el corazon con la alegría de un chiquitin que sobre los hombros de su madre apenas hace caso de la abuela que llena de lágrimas sus manecitas: él hace palpar, digámoslo así, los sentimientos intimos de una muchacha adolescente, que al oír las primeras predicaciones de su hermana, coloca la cara tapada sobre sus rodillas, en esa primera lucha de la frivolidad con el pensamiento, y muestra toda un alma no enseñando mas que las trenzas de su pelo: él hace, en fin, del tonto un desgraciado, del ignorante un objeto de lástima, del enfermo un aviso, del sabio una enseñanza, del feliz un encanto, del indiferente una reprension; y para encerrar en una fórmula concreta toda su teoria artistica, él pinta lo sensible sin congoja, lo santo sin afectacion, lo ridiculo sin burla, lo vulgar sin amaneramiento, el alma y el cuerpo unidos, Dios y el hombre en su enlace directo sobre la tierra.

¿Hay aquí ciertamente, como nosotros creemos, una escuela de arte digna de ser estudiada y proseguida?

Si no bastase nuestra conviccion para juzgarlo así, vendrian en nuestro apoyo Holanda, Dinamarca, Rusia, Suiza y demás pueblos que mas ó menos extensamente han llevado á Londres sus pinturas. Los artistas del Norte están casi reducidos al país: los holandeses sobre todo no se distinguen por otra cosa, y aun cuando ella es muy buena, no añadirá un quilate á la antigua fama de su patria, ni en cambio prestará servicio alguno á las otras escuelas cuyo cultivo y adelanto reclama la sociedad moderna. El país, el bodegon y aun el género de costumbres vulgares, de que tantos ejemplos bellos tienen Suecia, Dinamarca y Suiza, no es mas que la pintura secundaria, el arte mudo, un entretenimiento placentero de la vista que no despierta ideas elevadas, ni dulcifica ásperas costumbres, ni eleva el ánimo á



Estatua de Camoens en Lisboa.

ilusiones ó propósitos como los que las bellas artes están llamadas á producir. Además, el país se pinta ya bien en todas partes: siempre un paisista eminente será un pintor de primer orden: nosotros lo reconocemos así; pero un paisista bueno, á la manera de los muchos que se muestran en Londres, no lleva ni un grano de arena al gran monumento del arte, donde pueden trabajar con fruto artistas secundarios de otros géneros.

Rusia se aparta de esta senda en la regeneracion artistica que ha emprendido. Sus pintores, que viajan mucho, que poseen el don de asimilar gustos meridionales como si no hubieran nacido entre la nieve, presentan al lado de extraños países ideados en las montañas polares, obras de muy diversos gustos, ya retratos históricos á la manera florentina, ya bustos que recuerdan al mismo Velazquez, ya cuadros de género con el calor de la escuela sevillana, ó bien lienzos religiosos é históricos que parecen ejecutados por la mano de Poussin. Y es que los rusos añaden á la constancia y aplicacion sobre todo lo que se aprende, la facilidad, como hemos dicho, de amoldarse al caracter de otras naciones y adquirir de ellas estilo prestado, que algun día ha de servirles para crear un bello estilo propio. Ellos, que aprenden los idiomas con incomparable presteza, que se llevan la música de todas partes para refundirla en la suya, y mandan jóvenes artistas á todas las naciones, concluirán tal vez pronto por tener en el confin helado de Europa un manantial de color artistico que envidien sus vecinos mas meridionales.

¿Y qué diremos ahora de los 40 cuadros de Grecia, los 24 de la Union americana, los 14 de Portugal, los 9 del Brasil y algunos de Turquía, todos ellos apreciables y dignos de mencion señalada, aun cuando no formen conjunto capaz de prestarse á consideraciones generales?

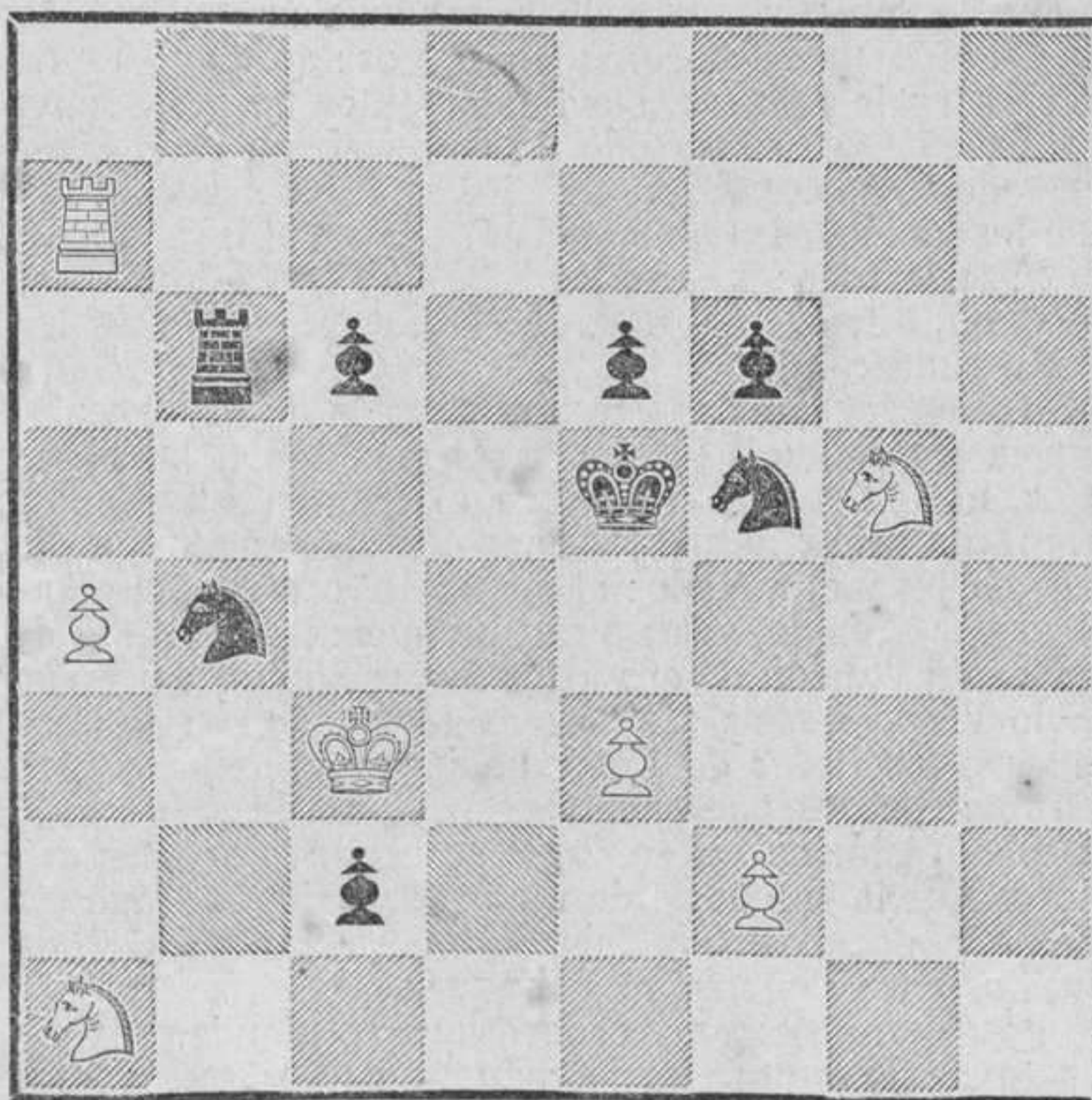
Diremos lo que de las obras artisticas aplicables á la industria, que ocupan un salon del palacio de Kensington, y lo que de la pintura arquitectural de todos los pueblos, que ocupa extension enorme, y lo que de las secciones de pastel y grabado, que son muchas, y lo que del dibujo profesional ó sea aplicable á la enseñanza de jóvenes y academias, y lo que de tantas otras obras pertenecientes á las bellas artes como puebla aquellas interminables paredes, y perturban la vista con su variedad, y ofuscan el entendimiento con su divergencia, y rinden de fatiga con su somera y rápida contemplacion; diremos, interpretando los deseos del lector, que basta de bellas artes por ahora; que tiempo es de ocuparse en otros asuntos de los muchos á que Londres se presta, y sobre todo, que para hablar de lo que no se entiende hemos hablado mas de lo que la osadia y la ignorancia permiten en esta primera parte de nuestro discurso.

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 23, POR M. GUARATESI.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Estatua de Camoens en Lisboa.

Hé aquí un grabado que representa el monumento que el Portugal debe erigir á Camoens, tardío homenaje debido al ilustre poeta desde hace cerca de tres siglos.

Una comision presidida por el señor duque de Saldanha decidió últimamente que se organizaria una suscripcion pública, cuyo producto habria de emplearse en el cumplimiento de un voto tan unánime y formulado tan repetidas veces: en dos meses esta suscripcion arrojaba un total de 300,000 francos.

El 26 de junio último S. M. el rey Don Luis I puso la primera piedra de este monumento, que recordará á los portugueses el hombre que mas ha querido á su patria, y el que su patria ha olvidado tanto tiempo.

En 1860 se modeló este monumento en yeso por el estatuario portugués Victor Bustos. La estatua del poeta se vaciará en bronce; tendrá 4 metros de altura, descansará en un pedestal octógono de 7 metros 48 centímetros de altura, y estará rodeada de ocho estatuas de notabilidades portuguesas.

El monumento, que tendrá en su mayor altura 11 metros 44 centímetros, será inaugurado en 1864.

L. E.

(1) Solucion del número 22.

- | | |
|----------------------|----------|
| 1 T 5ª Rª jaque. | T come T |
| 2 A 6ª AR jaque. | A come. |
| 3 Rª 6ª R jaque. | Rª come. |
| 4 C come A jaque. | P come. |
| 5 P 4ª AR jaq.-mate. | |